ROUTE, hebdomadaire
de la F.I.J.L. en France

Année **VII** Prix **12** francs N° **281**
11 FEBRERO 1951

Rédaction et Administration
4, rue Belfort, 4 — TOULOUSE (Haute-Garonne)

Giros a Pablo Benaiges
C.C. Postal N· 1328-79 Toulouse (Hte-Gne)

Ruta

órgano de la F.I.J.L. en Francia

CEDOC FONS A. VILADOT

Rarísimas son las perlas escondidas en el fondo del océano y las flores que esparcen la fragancia a las auras del desierto; pero el ingenio tiene, como las plantas, la tendencia a buscar la luz, y posee, como el fuego central de nuestro globo, la fuerza de romper las capas geológicas, de abrirse un cráter y brotar en inmensas llamaradas.

OPINIONES del genial Presidente TRUMAN

YA es cosa sabida que el señor Truman es un presidente muy singular. Hace algunas semanas prometió soberbia paliza a un cronista que se había permitido enjuiciar las cualidades artísticas de Miss Margaret Truman. Y poco tiempo después encontró la manera de intercalar entre dos declaraciones sobre la gravedad de la situación internacional una relativa al colorido de sus propias corbatas y al gusto de los sastres londinenses. Ni que decir tiene que los sastres de orillas del Támesis quedaron muy malparados.

Pero héte aquí que con motivo de la presentación de credenciales del embajador de la España fascista ha creído oportuno hacer otra declaración—esta vez en forma de discurso—, segun la cual España forma parte del «mundo libre» y «está llamada a contribuir a la supervivencia del mundo occidental».

Bien está que el señor Truman elija el color de sus propias corbatas, y considere a su propia hija como la Greta Garbo de la actualidad; pero de ahí a calificar a la España fascista de parte integrante de un mundo libre va mucho trecho.

El presidente de los Estados Unidos, patriarca de la democracia según ciertos trasnochados, debería empezar por decirnos a que mundo se refiere, porque nosotros no conocemos ninguno que merezca el envidiable título de libre. Y si el «mundo libre» al que se refiere el señor Truman es el que le permite incluir al fascismo hispano, entonces séanos permitido declararnos disconformes con la libertad... de encadenar a los pueblos.

Después de su discurso ante José de Lequerica, el señor Truman ha logrado convencernos de que es un presidente ideal para el Carnaval de Niza. Discursos como el suyo tendrían mucha gracia entre bolas de «confetti» y serpentinas.

Para el señor Truman no ha contado la historia del fascismo, ni la de la persona que le tendió las cartas credenciales expedidas por el verdugo hispano. Omitió, voluntariamente, acordarse de lo que el fascismo ha significado para el mundo y de lo que significa para España. Hizo abstracción de la personalidad de Lequerica, amigo y correligionario de Adolfo Hitler; mediador, entre éste y Petain, para la capitulación de Francia; responsable del fusilamiento de Peiró, Companys, Zugazagoitia, Cruz Salido...

Y todo esto en honor de la hora crucial que vivimos. Como medida de autodefensa contra el «peligro rojo».

El bloque democrático empieza a contar en su haber con errores tales, que amenaza con alcanzar idéntica magnitud a la lograda por el bolchevismo en ese orden de cosas.

No es lógico pretender combatir a la tiranía roja con el apoyo de la tiranía negra, puesto que el color de las argollas es lo que menos importa cuando de llevar cadenas se trata.

Truman, al dictar la absolución de Franco, no ha hecho más que sumar a su causa—que es la del capitalismo yanqui—nuevos efectivos militares y carne de cañón. Pero ha logrado entenebrecer aun más la historia de las democracias. Ha pensado que lo positivo era hacer de un pueblo un ejército con jefes mercenarios. Y ha patentizado, con sus hechos, que el más encarnizado enemigo de la libertad podía ser, para él, un aliado.

Tal ha sido el razonamiento del presidente Truman. Y ese razonamiento, que pone al descubierto la absoluta carencia de escrúpulos que guía a su política internacional, es el que hace temblar de espanto a los hombres que verdaderamente tienen un concepto elevado de la libertad y se la representan como algo más que la simple aunque monumental estatua que se eleva en el puerto neoyorquino.

Hoy, aun podemos proclamar nuestra indignación por la actitud que las democracias han adoptado ante el fascismo hispano. Pero, al paso que van las cosas, acaso no podamos hacerlo mucho tiempo, pues Franco va considerándose—y no sin motivos que justifiquen su creencia—maestro del occidentalismo. Aprovechemos, pues, esta circunstancia, todavía tolerante, para decirle a Truman, desde estas columnas, que su hija es seguramente muy buena artista, que sus corbatas quizás sean una maravilla, pero que su concepto de la democracia y de la libertad dista tanto de la realidad como Wáshington de Moscú. Y acaso nos quedemos cortos.

IBSEN Y LA LIBERTAD

EL viejo actor, uno de los valores auténticos de la escena, en la Alemania liberal, ha vuelto a su pais, tras largos años de exilio en tierras de América, escapado de la barbarie nazista de Hitler y sus satélites. Ha procurado, el actor famoso, fijar su nueva residencia en aquella parte de la nación que ha considerado menos dominada por el brutal fanatismo partidista. No, no le placen a este actor de fibra las modalidades de ocupación que llevan en pràctica tanto unos como otros, occidentales u orientales. Deduce que se busca, en suma, sugestionar al pueblo, haciéndole seguidor, colaborador de mal velados propósitos de dominio y tiranía.

Con elementos dispersos acà y acullà; actores devotos del teatro selecto, y que han acudido, gozosos de actuar con tan noble artista, ha quedado constituída la compañía teatral. Tras animadas deliberaciones, han decidido representar, antes que nada, las obras fundamentales de Enrique Ibsen.

Ha sido, la de estos actores, una magnífica actitud a contra corriente. El sentir de unos hombres de espíritu independiente frente al gregarismo del ambiente; contra el aborregamiento y la total ausencia de personalidad en la inmensa mayoría. Una actitud màs, protestataria, en un mundo donde la abyección, el servilismo, se van extendiendo; y acrecentàndose el predominio cesarista, que diríase pretende moldear las mentes en el designio de una concepción uniforme, siempre al dictado del Estado.

El retorno al teatro de Ibsen tiene, en cierto modo, su justificación: Se explica lo propicien algunos de entre aquellos a quienes subleva el hecho de que se quiera hacer del ser humano un autómata, obediente a consignas de partido rojo o negro; de derechas, de izquierdas, o del centro. Alguien ha llamado a nuestra época «la Edad del robott». Esto es, del hombre mecanizado, sin una conciencia, sin originalidad, sin personalidad para autodeterminarse. El inmortal dramaturgo escandinavo, bregaba en todas sus obras por hacer de cada individuo un ser pensante, capaz de obrar por cuenta propia y decidir su propio destino. Para ello atacó todas las ficciones, todos los «espectros» que, arrancando de épocas pretéritas, subsisten al través de los siglos, cambiando de nombres, modificando sus estructura, pero, en el fondo, siempre igual en todos los tiempos y circunstancias: buscando atenazar el impulso, el incentivo en pro de la libertad.

La lucha en pos de la libertad es dura; está erizada de dificultades. Obliga, en ocasiones, a romper con los vínculos, ya no solamente de la sociedad, sino incluso de la familia; de lo que se ha tenido en entrañable estima. Así el gesto magnífico de Nora, en «Casa de muñeca»: Abandonando al marido; dejando incluso de lado a los propios hijos con tal de recobrar la libertad. Admira la firme, la decidida actitud del doctor Stockmann, en «Un enemigo del Pueblo», rechazando una posición social honorable, cortando vínculos fraternales en aras de la verdad y de la dignidad. Es sublime la actitud de Brand, en la obra del mismo nombre, aferrado a la màxima del «todo o nada», demandando del idealista la mayor pulcritud; el màs decidido e insobornable apoyo a la verdad, a la libertad, a la conducta consecuente con la ideología. Y así, en la tabla de auténticos valores morales, Ibsen sienta las premisas que son de ayer; que tienen razón de ser en el presente, y lo han de tener en el porvenir, ya que, en tanto aliente la dignidad entre los componentes de la especie humana, se amaràn postulados fundamentales en lo moral. Y estos son los que el autor de «Los puntales de la sociedad» plantea en cada una de sus obras.

Escribíale Ibsen a Jorge Brandés: ¡Abajo el Estado! Es una revolución a la cual participaré: Minad íntegramente la concepción misma del Estado. Pro-

FONTAURA

clamad que la libre elección y la afinidad espiritual son las condiciones únicas, las solas importantes, de una asociación cualquiera, y obtendréis un principio de libertad que valdrá bien la pena. Las modificaciones en la forma de los gobiernos son bagatelas. Un poco màs o menos de autoridad es pura tontería. El Estado tiene su raíz en el tiempo. Y es con el tiempo que madurarà y se pudrirà». Ataca en sus obras las causas del mal; con decisión; sin importarle que, como dice su «doctor Stockmann», haya que arruinar, que destruir lo que es una sociedad corrompida. Odia toda ficción, aun aquella que pretende justificarse con una efímera felicidad; tal es el caso de «El pato salvaje». Siempre màs allà; cara las màximas aspiraciones del espíritu, del ideal de libertad y de justicia, hace que sus personajes lleguen al maximum del esfuerzo; aun bordeando la temeridad; aun pereciendo en el esfuerzo, como en «Solnes el Constructor».

Un profundo y original pensador norteamericano, Benjamin de Casseres, ha escrito: «De Esquilo a Ibsen, solo se percibe un tema: el conflicto de la voluntad del hombre con las fuerzas ciegas que buscan su destrucción; las cargas desesperadas de la inteligencia, contra las circunstancias. Ibsen percibió este conflicto con la claridad de un Sofocles y de un Shakespeare. En cada una de sus piezas de teatro se nota el tumulto de una batalla. *La lucha universal* se desarrolla en las màs insignificantes villas de Escandinavia. El gran problema: ¿Cómo poder sobrevivir? se suscita en cada minuto en el mundo físico y mental del màs humilde».

Ibsen pretende que el individuo llegue a desarraigar de su propio yo las influencias convencionales, dimanando del Poder, en lo físico y en lo moral. Romper con la ficción de la divinidad y de todos los estamentos sociales, «los puntales de la sociedad» que han sido la base de toda suerte de códigos justificando el màs monstruoso desbarajuste y arbitrariedad. Como afirmaba la inolvidable compañera Emma Goldmann, Ibsen fué un anarquista en la màs amplia acepción de la palabra. Como tal fué criticado y censurado por la «gente de orden», por los «ciudadanos honorables», acérrimos defensores de las instituciones. Enconada fué la pugna contra todos o contra casi todos. Mas, aquel jovencete, ayudante de farmacéutico en una insignificante población noruega, que en la modesta habitación, contigua a la botica, en donde dormía, restàndole por la noche horas al sueño, iba garabateando de escritura hojas y màs hojas de papel—donde escribió su primer drama «Catilia»—por su potente inteligencia, logró imponerse al odio y envidia de los maldicientes. Como Esquilo, pudo haber dejado para la posteridad el juicio sobre sus obras. La posteridad ha venido reconociendo sus méritos, tuvieron que reconocerlos sus propios contemporàneos, aun viendo en él un poderoso adversario.

No es el teatro ibseniano el màs apropiado para los que, frente a la escena, esperan lo agradable y sencillo, o lo melodramàtico. No es para el buen burgués que concurre a un espectàculo teatral con objeto de ir haciendo tranquilamente la digestión y reir un poco con los lances picarescos del vodevil o de una amerengada comedia de costumbres. No es tampoco para quienes gustan de espectaculares truculencias, condimentadas con fraseología de novela folletinesca. Se trata de un teatro que hace pensar; que incita a la reflexión; que escarba en lo màs íntimo de cada uno y le plantea el problema de ser sincero consigo mismo. Le pone ante el dilema de « ser o no ser», de aceptar o no el incentivo en favor de la libertad.

Quizà, en alguna de sus obras, el hondo sentido simbólico que encarnan, parece rodearlas de esa confusa luz nebulosa que suele ser privativa de los países nórdicos. Pero, así como, ante los rayos solares, la bruma que envuelve el contorno de las cosas se va disipando; igual en esas obras de Ibsen que parecen màs envueltas en lo inconcreto del simbolismo, la inteligente observación hace que aparezca clara su trascendente realidad. Todo estriba pues, en agudizar la atención e ir captando las ideas que se desprenden de cada obra. Cosa bien distinta del teatro «para pasar el rato», que es el que màs se representa, indigente de ideas y con frondosidad de hueca palabrería. Al amar la libertad, nos produce viva satisfacción que un hombre de genial intuición, Ibsen, haya sabido plantear lo que son problemas vitales para el hombre libre de todos los tiempos.

CRONICA *semanal*

CIENCIA y humanismo

LOS hombres de ciencia son, en general, verdaderamente extraordinarios. Lo son en lo bueno y en lo malo. Cuando descubren la penicilina y cuando inventan la terrible bomba H.

Tomados por separado, uno a uno, sería posible establecer una larga lista de benefactores de la Humanidad. Y otra, mucho más extensa, de criminales exentos de responsabilidad jurídica. Pero en su conjunto—o en el conjunto de sus realizaciones—, dan la impresión de poseer una genialidad perversa y una locura poco común.

En los últimos años, los descubrimientos realizados por tales señores han dejado en ridículo a Julio Verne, el novelista de imaginación portentosa, logrando rebasar en la práctica todo lo por él imaginado, a excepción del viaje a la Luna; con lo que la Luna no sabe lo que ha ganado.

«La vuelta al Mundo en ochenta días» es hoy ,gracias a los hombres de ciencia, algo enormemente ridículo, una verdadera entelequia, como para bostezar de aburrimiento. Y es que, en la actualidad, al Mundo se le puede dar tres vueltas en el espacio de tiempo necesario para leer la obra mencionada.

La ciencia avanza a pasos agigantados, y marca puntos incluso en el horizonte de lo inverosímil. Pero carece, las más de las veces, de un sentido humanista que la impulse por los cauces del bien.

Los sabios arrancan de sus cerebros ideas verdaderamente asombrosas, pero las dejan resbalar por las vertientes de la destrucción, y anulan, por consiguiente, cuanto de bello podría tener el esfuerzo de esas mentes privilegiadas, desgraciadamente postradas ante el mal.

La mayor parte de las enfermedades hasta hace treinta años consideradas mortales, encuentran hoy terapéutica adecuada en las salas de operaciones y en las clínicas especializadas. Y cualquier infección grave puede ser combatida por una enfermera con la simple aplicación de la estreptomicina. La ciencia médica, verdadera ciencia al servicio del hombre, ha realizado progresos insospechados. Pero valen de poco, y hasta quizás de nada.

Podrían crearse, en el Mundo, a millones, nuevas clínicas, y de nada servirían. La locura humana se ingenia para hacer del Progreso una mescolanza agridulce, creando y destruyendo al mismo tiempo, curando primero y matando despues.

La tuberculosis se encuentra al fin acorralada, y el cáncer parece estar al borde de la derrota. Las revistas de información científica nos aportan verdaderas esperanzas en lo que se refiere a vencer los efectos de esas plagas conocidas. Pero ya han aparecido infinidad de nuevas enfermedades, más monstruosas—si cabe—que las que hemos nombrado, y que son obra de los sabios...

Las explosiones atómicas han sido un verdadero vivero de enfermedades incurables. En los hospitales neoyorquinos se encuentran, a centenares, postradas en el lecho del dolor, muchas víctimas inocentes del maquiavelismo de la ciencia. Y la ciencia del bien nada puede oponer, hoy por hoy, a esa situación trágica.

En el transcurso de esta semana ha venido a corrobar cuanto aquí exponemos un simple comunicado de Prensa, aparecido en un rincón de los rotativos, como cosa sin importancia. Se trata de un nuevo ensayo de la bomba atómica PERFECCIONADA—el sexto, en pocos meses—, que ha sido efectuado en los terrenos de ensayo de la aviación americana, en Nevada, cerca de Las Vegas. A 100 y 150 kilómetros del lugar de la explosión ha temblado violentamente la tierra, y los habitantes de Las Vegas y de Boulder City han podido creer por un momento que, a pesar de imperar todavía la noche, había salido el sol. No se habían equivocado: era el sol de la destrucción, astro real de la locura humana.

Y eso se lo debemos también a la ciencia: a la del mal, a la más poderosa de todas porque encuentra el apoyo incondicional de los Estados, del capitalismo y de cuanto forma las trincheras defensivas de la Sociedad actual.

La ciencia está dividida en dos partes opuestas: existe la que sirve al sér humano, la que cuenta a su lado con la orientación y el apoyo de principios humanistas, la ciencia del bien; y existe esa otra ciencia, jamás suficientemente maldecida, que pugna por crear un estado de cosas en la Tierra que haga palidecer a lo que Dante imaginó en su célebre «Infierno».

Jean VALJEAN.

CONVERSACION

—Así, usted sostiene que pertenece a una organización libertaria por que le place.

—No es ese el término exacto. Pertenezco a una organización libertaria porque lo considero necesario.

—¡Oh! No vaya usted a creer que yo me meto en lo que no

Gavroche

me importa. ¡Nada de eso! Cada cual tiene las ideas que se le antojan.

—...

—¿No es usted de mi opinión?

—No. Yo creo que cada cual tiene las ideas que corresponden a su concepción ética de la vida. Un inmoral no puede ser libertario. Un burgués no puede ser anarcosindicalista.

—¡Hombre! Yo creo que usted exagera. ¿Qué importancia puede tener el que un hombre sea burgués, si es un BUEN burgués?

—Toda la importancia que le confiere su papel de explotador. El hecho de tener sometidos a la ley del salario a uno o más de entre sus semejantes, le veda esa práctica moral que se opone a toda explotación del hombre por el hombre. El burgués es, invariablemente, un explotador.

—En fin, ya veo que no nos comprenderíamos nunca. Usted no acepta la posibilidad de que todo y sin dejar de profesar sus ideas un hombre haga fortuna...

—Lo que yo no acepto es que un sér fundamente su riqueza en el esfuerzo de otros hombres. Y niego la posibilidad de que un hombre se mantenga sin tacha si parte del principio ya señalado. La moral es el fundamento de las ideas anarquistas, y no hay moral en quien hace una religión del principio de explotación.

DE LA AMISTAD *y de los amigos*

UN «hombre» me ha dicho: «No comprendo tus ideas, y tu manera de pensar me desagrada. Pero no te creo absurdo.»

Sin contestarle me he apartado de él y he continuado mi paseo por otra acera.

¿Por qué?

Sencillamente, porque he comprobado una vez más que todavía no ha llegado el tiempo en que un amigo pueda decirle a otro : «No me importan tus ideas ni tus pensamientos Pero admiro y aprecio el complejo misterio de tu individualidad.»

Cuando el hombre sepa pronunciar con la voz de la sinceridad éstas u otras palabras, para expresar diáfanamente, sin velajes, su pensamiento, se habrá trazado el camino que nos conducirá al reino de la amistad y del amor.

Nuestra época lo es de odio encubierto y de guerra baja e insidiosa; todas la palabras de amor y de amistad son perfumados velos que ocultan ateramente el envenenado acero que ha de herirnos.

Aquel «no te creo absurdo» de mi interlocutor demostraba, con toda evidencia, lo que escondía tras su aparente benevolencia. Por ello he dejado al individuo sin respuesta y me he apartado de él.

Porque creo que, cuando no puede depositarse la amistad en un ser, lo menos que puede hacerse es declararse su enemigo.

Aprecio sinceramente a aquellos que, rechazando la acogida de mi corazón, se hacen dignos de mi espada. Porque yo, fuerza es decirlo, tengo un corazón y una espada. Y

R. Navatore

tanto uno como otra gustan prodigarse.

Cierto día díjome un «amigo» : «Cuanto escribes o dices me importa sólo relativamente, en cambio me interesa en absoluto apreciar lo que sientes. Pero colijo que para expresar tus sentimientos van a fa tarte las palabras... Y aunque encontraras la manera de exteriorizarlo, tengo la seguridad de que nadie te comprendería.

No hables, pues, y deja que te mire a los ojos : en ellos leeré tu intimidad y trataré de adivinar lo que sientas.»

Naturalmente, entorné los párpados a fin de que no lograse penetrar en lo profundo de mis transparentes pupilas ni pudiese ojear el fondo de mi alma. Porque conozco, por experiencia, la peligrosidad de las adivinaciones. Y en lo secreto de mi cerebro pensé que, «posiblemente», aquel día acababa de perder un «amigo».

Hoy, cuando deambulaba en busca de algunos dispersos fragmentos de mí mismo, he hallado... un amigo. Pero, ¿puedo creer en que será duradera esta amistad?

Semejante interrogación no es corriente en mí, y menos contestarla. Pero se me ocurre ahora pensar que, seguramente, si mientras yo avanzo él permanece quieto, muy en breve dejará de ser amigo mío.

El amigo es algo tan tenue y quebradizo, algo tan escaso, que casi encuentro justificado que algunos individuos renuncien a buscarlo.

¿Tildaremos al tal de «misántropo»? No. En todo caso es un solitario.

Y yo soy de éstos, porque odio a los hombres que precisan vivir en comunidad. En cambio aprecio a los que saben estar solos.

El sentimiento de la soledad es el más elevado de todos los sentimientos humanos. Pertenece al mismo tiempo a la fuerza y a la belleza. Además, los solitarios son los hombres que más beneficios han derramado sobre la Humanidad.

¡Tal vez por esto la Humanidad «agradecida», les desprecia!

En síntesis, el solitario tiene pocos amigos, porque le repugna la hipocresía y la mentira.

NUDISMO

NO viene de nudo, de atadura el que proponemos, sino de ropa en estorbo caída, de turbias intenciones al fin desvanecidas. Cuerpo limpio y sano, relieve humano en bondad y belleza.

La pudibundez de la congregante es mugre y falsa intención, escondidas en pliegos interminables de ropa. La fealdad exige no ser vista, o arte en el disimulo, para ser medianamente tolerada.

Un cuerpo de niño desnudo es màs hermoso que un modelado de Fidias, por el alma que da la sangre, por el seda-rosa impreso en la piel. Incluso a los àngeles — pureza en flor — se les pinta libres de apaño. Un niño sometido a los cànones de la moda pierde. por principio de vanidad, un tesoro de inocencia que no recuperarà jamàs.

Una muchacha espléndida con la piel al beso del sol, incita a adoración y no a ludibrio. El bestia capaz de hundirle las uñas en la piel, igualmente està indicado para rasgar vestidos y sensibilidades.

En plan de voluntaria entrega, a la mujer no le interesan la castidad ni su envoltorio. Le importa mucho màs su libérrima voluntad.

Los paños màs groseros y las sedas màs sutiles tanto pueden encubrir la limpieza del cuerpo como la mugre repulsiva. La piel al aire libre, tras no mentir, da luz a los ojos.

La mujer casta, pero amorosa, no es esclava del vestido aunque parezca pre-

JOAN DEL PI

ocupada por detalles de mercería. Dadle un amor entero, y concederà a las ropas un valor secundario.

La mujer ardiente cubre sus morfos con bellos harapos que su sangre quema todos los días. En presencia del hombre, su castidad palidece, porque no se ha descubierto que un traje elegante contenga las pasiones. Entonces «virtud» es fragilidad, unos metros de tela, unas manos que defienden lo que son incapaces de defender.

Un cuerpo de mujer deliciosamente delineado, es algo inefable y divino, y no acertamos a comprender cómo la especie humana se ha empeñado, durante siglos, en aborrecer la visión que màs le agrada. Sube la madre a la hija como una flor, se esmera en que sea hermosa, y luego la envuelve para hurtarla a la vista «del pùblico». Un solo hombre — mediante contrato matrimonial probablemente monetizado — podrà contemplar aquella flor en privado, y aun deshojarla y ajarla, sin que ningùn castigo recaiga sobre esta especie de crimen de lesa estética socialmente tolerado. No hay amante del bien y de la gracia que se avenga a prescindir del goce ocular que proporcionan las bellezas femeninas destinadas a perderse en manos de los emperadores de alcoba.

Como no se aprisiona una estrella, como no se encadena al arco iris, la criatura humana no debe asfixiar sus gracias en el sayal de la rutina. Estuchada, la rosa no da fragancia ni agrado, y el ruiseñor, vestido de pana es inconcebible. Que la flor se abra al goce de la vida, que el pàjaro se exalte rubricando y musicando el espacio, y que la mujer contribuya al bienestar general, poetizàndonos la existencia.

¿El hombre? Ese harà bien dejando de ser egoísta, exclusivista y tratante en reses humanas.

Moral y físicamente equilibrado, el hombre es realmente interesante. sin embargo. Pero los rodajes no le ayudaràn a lograr esta conquista, antes al contrario: las dobleces de su vestido

(Pasa a la pàg. 2.)

UAB Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General

EL DOLOR MORAL

El dolor moral, quebranta el orgullo, apacienta el espíritu y dulcifica el corazón; se cura solamente con la bondad y la nobleza de los sentimientos ya que las criaturas humanas más empedernidas, si las aflige este mal están dañadas en la intimidad de la conciencia y remordimiento. Si son humanas cederán a sus impulsivas pasiones, y si son soberbias es necesario culnerar sus crueles instintos adolecíendola con argumento punzantes, que lleguen directamente al fondo de su propio orgullo.

De esta forma, ¿el asesino puede ser humano? En el ensayo que precede a este, hemos puesto como ejemplo la «Iliada» considerada como poema psicológico universal a través de los siglos deduciendo en pocas palabras el lógico universal a través de los siglos deduciendo en pocas palabras el arrdgo reacio y destempladó de los espíritus inquietos y bélicos, que no diferen en nada a los de la época actual, ya que ayer obedecían a los dioses hechos hombres, y hoy a los hombres hechos dioses, a excepción naturalmente de los rebeldes que han combatido y combaten contra toda clase de dogmas y tiranías. Decimos, que los asinos más encamizados saben también llorar. La historia universal nos presenta miles de ejemplos. Nerón mismo, hizo cavar su fosa, ya que perseguido debía de apuñalarse, y allí mismo lloraba sin atreverse a matar, pero viendo que sus enemigos se aproximaban montados en ligeros corceles, se introdujo el acero en la garganta, ayudado por su secretario Epafrodita. «¡Qué artista va a perder el mundo!», dijo al morir. Mussolini, otro asesino igualmente, fué cobarde en sus últimos momentos y ya veremos de la forma que terminarán los tiranos de hoy.

En cambio hay criminales que se les adolecen de los mismos sentimientos de la víctima si tienen el fatalismo de considerar que ellos mismos pueden pasar por idénticos trances.

Cuando después que Aquiles asesinó a Hector en singular combate, el viejo Priaumo, padre de la víctima, llegó hasta la tienda de campaña del «glorioso mortal» para recoger los despojos ensangrentados de su hijo.

He aquí la página más hermosa del poema. La bestia humana, incapaz de ceder a ningún sentimiento, el hombre impávido que ha visto desplazar sus campamentos por el olor de centenares de cadáveres, se encuentra ante un pobre anciano el cual le suplica el cuerpo destrozado de su ser querido. Hemos visto al vencedor ceder al rencor que parecía inextingible, probar de infligir por la privación de honores fúnebres, una desolación de ultratumba, más terrible aun que la muerte.

Ya tenemos en prueba, la orgullosa soberbia y la humillación suplicante. E, impasible guerrero, y el viejo agobiado de dolor implorando los lúcidos restos de lo que fué un apoyo y una esperanza.

El corazón empedernido puede todavía enrojecer de furor, pero a las súplicas del pobre desgraciado, nacen en él imágenes confusas que le congojan, porque el mismo ha tenido una infancia que vive aún en sus sentimientos y un cuerpo que puede igualmente sufrir, ya que nadie está exento de un final más o menos trágico, y precisamente esta idea estriba en el corazón del hombre como un temor inquieto.

Así, tiembla por la asimilación de que algún día pudiera ser la víctima. De esta forma no se dirigió a él por un punto cualquiera del honor, sino que fué derecho a la fuente profunda del sentimiento.

En aquel dolor moral también la muerte se descolla fría sobre las sienes, y en aquella civilización pagana, muchas veces no se imploraba piedad por el cuerpo que no ha sido siempre, más que una materia inmóvil una momia exagüe cuando está privado de los movimientos orgánicos que le animan. Se llamaba a la piedad como hija ineludible de la creencia, por la salvación del alma.

Podemos contagiar el efecto que causa el dolor moral en todos los conceptos psicológicos, cuyas consecuencias afluyen directamente al corazón de todas las criaturas humanas.

Más fuerte que el dolor físico, no hay bálsamo capaz de curarle enteramente, cuando los causas que lo emanan están incrustadas como una enfermedad dentro de la vida social de los pueblos.

Aquí vemos el héroe versátil de la «Iliada» rememorar su pasado. Aparece en su cerebro el niño que llama a la madre en momentos desesperados. El ser cándido e impulsivo, que de una misma fuerza cordial lloraba a su amigo Patroclo y aguzaba el apetito feroz de la venganza, cede a una marea de emoción, y no solamente consiente a las súplicas del viejo accediendo a sus deseos, sino que levanta a Priamo rey y defensor de Troya, le acoge en su tienda y comparte con él la velada fúnebre, como si por unas horas fuera su padre y que, Héctor, la víctima, fuese su hermano.

Esta lección pueden recogerla los esbirros de Franco, con el alma de chacal, cuyos instintos criminales pesan sobre un pueblo rebelde y sufrido, así que, los sátrapas que ensangrientan todo el planeta. Aquiles que se creyó inculnerable fué muerto por París demostrando así que todas las criaturas tienen una hora determinada para morir.

El viento furioso de la violencia dirije la infernal sinfonía de la vida, mezclado todo el dolor humano.

Algún día, como el Fénix de las cenizas, renacerá una sociedad más justa, y se apagarán para siempre los histéricos aullidos de horrísonas comparsas que hoy atormentan este planeta perdido en la inmensidad del espacio.

Volga Marcos

Poema: VIVIR

¡VIVIR, arrancar flores del camino y formar con ellas ramos olorosos, respirar su penetrante y embriagador perfume al par que el aire puro, sentirse penetrado por los primaverales efluvios y deleitarse al contacto de la dulce caricia del sol...!

¡Y, de improviso, dejar de ser!

¡Vivir, caminar de cara al viento que hincha nuestro pecho como un hálito de amor; mirar todas las cosas con nuestro propios ojos, admirar las montañas y los valles, escalar las cumbres, saltar y correr de una a otra roca, ascendiendo todos los días más alto, hacia las cimas, para acercarnos al cielo y aproximarnos a la blanca inmensidad...!

¡Luego, un día, detenerse para siempre bajo la tierra!

¡Vivir, sentir cómo late nuestro corazón, amarlo todo y no sentirse jamás saciado de amor; por los pájaros, las flores y la Naturaleza; los niños adorables de graciosas actitudes y divina sonrisa, a quienes quisiéramos tener siempre en nuestras rodilas sin que crecieran, amar a los desdichados, llorar con su miseria y... amar, amar infinitamente...!

¡Y, por fin, dejar de amar para siempre!

¡Vivir y anhelar comprender; vivir y querer saber; vivir y ansiar creer; inclinarse, atentamente, hacia todas las fases y aspectos de la existencia, hacia todos los problemas angustiosos; sentirse fuerte, dispuesta a resolver, tal vez, los enigmas de la terrible esfinge y exclamar, henchida de gozo: ¡Lo encontré! ¡Lo comprendí! ¡Lo creí! ¡Lo vencí!...

¡Luego, desplomarse, anodada, no pensar ya, no indagar, dejar de ser!

¡Vivir, vivir y, después, morir!

Georgette Ryner.

RAZON Y MISTICISMO

EXISTE un estado de debilidad intelectiva, que origina el ansia de lo imposible, al que se denomina «misticismo», y que es una disposición mental enfermiza frente a cualquier objeto o fenómeno. El carácter íntimo del misticismo constituye una tortura subjetiva ocasionada por una aspiración constante a la irrealidad, que sofoca al pensamiento con la angustia de la desesperación. El aspecto externo, visible, cambia según los tiempos y las civilizaciones, en cuanto a sus características de expresión, pero conserva siempre, incólumes, sus caracteres esenciales, consistentes en un indefinible afán por exonerarse de las responsabilidades vitales, atribuyendo, cuanto a ellas se refiere, a una divinidad, idea abstracta o entelequia cualquiera.

Partiendo de semejante definición, que, por lo concisa, dista mucho de abarcar todo el conjunto de síntomas místicos, no resulta difícil aun al menos experto, descubrir en sus semejantes el temperamento místico e, incluso, analizarlo en sus distintas manifestaciones.

Pero no vamos a indicar, ahora, los procedimientos para lograrlo ni nos enraizaremos en el análisis de esta anomalía. Tan sólo señalaremos brevemente los estados anímicos de quienes se hallan sujetos a tal abulia, así como las evoluciones y modificaciones que puede experimentar la mente mística.

Impulsado por un egoísmo casi siempre manifestado, el hombre, antes de ascender a las elevadas regiones de la razón pura y encaminarse a la conquista de las más sólidas concepciones éticas y de las más fértiles inspiraciones ideológicas, dedica un tiempo más o menos dilatado al cultivo, en cierto grado morboso, de la sentimentalidad, no sólo por complacerse en el delirio de los sueños brumosos, sino porque resulta en extremo cómodo atrincherarse tras lo abstracto para justificar actitudes a veces carentes de lógica. Por tal motivo, no resulta difícil convencerse de que el ente místico es, casi sin excepción, sensitivo, emocional, impresionable, y, en cierto modo abúlico moralmente, puesto que no puede o no quiere reaccionar contra la atmósfera que le envuelve, aunque, en no pocas ocasiones, su espíritu háyase desenvuelto en un ambiente saturado de la más rigurosa austeridad intelectual.

Pero si, por casualidad, en un esfuerzo poderoso de la razón, el místico logra contemplar el derrumbe de lo que fuera su paladión y se asoma, pletórico de afanes, a los aires del pensamiento que se llevan, una a una, las creencias que fueran el refugio y el caparazón de su necesidad de misterio, se da cuenta, entonces, del valor que atesoran las cualidades éticas de los grandes pensadores que lucharon por la dignidad de la conciencia y por la emancipación mental y, arrebatado por un entusiasmo que contrasta con su primera estabilidad, entrégase a un laboreo entusiasta, rayano en el fanatismo.

Quien no hay dedicado marcada atención al estudio de los fenómenos psíquicos, no puede concebir la sorpresa que siente el alma mística, que viviera sumergida en sus contemplaciones visionarias, al producirse el choque de su inmóvil ensoñación con el vertiginoso y arrollador ímpetu del razonar sereno, puro y noble, que, lejos de reprocharle con viveza su posición anterior, le envuelve en una diáfana y cristalina atmósfera de voces llenas del más profundo respeto hacia todos los sentimientos de abstracción que se manifiestan franca y espontáneamente.

De esta suerte, cada nueva armonía que el individuo libre de brumas y cendales, logra descubrir entre las recónditeces de su espíritu, antes ignoradas, constituye, para él, motivo de alborozada alegría; en cambio, experimenta agudísimos dolores cuando advierte roturamientos, por insignificantes y leves que sean, entre la antigua creencia y los nuevos módulos de enjuiciamieto intelectivo. Así paulatinamente, el sentimiento místico deja paso al goce inefable del filosofar libre y baña al ser en las delicias del enfrentarse con las preocupaciones más esenciales que informan y pilotean al vagar del intelecto aun en aquellos instantes en que la brújula del pensamiento humano tiende hacia un vago pesimismo.

Pero aquellos temperamentos fundamentales místicos, que no pueden darse por satisfechos con las soluciones que aporta la Ciencia y la Filosofía, precisan ineludiblemente, ya de manera irresimible, proyectar la mirada en el «más allá». Necesitan explorar, aunque sea montados en el corcel de la conjetura, las regiones en que reside, según ellos, ese algo misterioso, que no se pesa ni se mide, pero en cuya existencia creen, porque, sin esa esperanza, la vida sería para ellos insoportable.

Para éstos, de nada sirve la labor del sabio, los trabajos de laboratorio ni las construcciones lógicas; todo se reduce, para su ansia de azul y de fragilidad, en creaciones fantasiosas y nebulosidades de fervor; que éstos son los únicos caminos que le es dado recorrer y merced a los cuales, acuciados por el ansia de rasgar el velo de lo ignoto, esperan arribar a esa meta que todos los días se aleja porque es una interrogante perenne, a esa inagotable cantera de anhelos que nadie lograr extinguir. Por esto, las creaciones del pensamiento genuinamente místico fueron siempre construcciones brumosas, ideales fortalezas de un deseo inconcreto, en las que se mezclaba lo verdadero con lo falso, lo sensato con lo descabellado.

Mas, a pesar de esto, el espíritu que se siente dominado por la preocupación constante, moral y metafísica, del más allá, no es, forzosamente, aun a despecho de toda su levedad, un alma impermeable y cerrada a todos los vientos de la innovación, sino que, en multitud de casos, trátase sencillamente, de una modalidad temperamental — sensitiva, dijimos antes — que acicutea al individuo para enfrascarle en el estudio de lo ultrarreal olvidando lo terreno. Pero es innegable que, dejando de lado los innúmeros crímenes del fanatismo religioso, esa búsqueda del origen o de la causa fundamental ha quintaesenciado, en múltiples ocasiones, el intelecto humano, llevándole a desentrañar buen número de enigmas que otrora permanecieron oscuros y que hogaño se nos revelan como síntesis de perfectibilidad.

Por lo expresado, comprendese que un místico puede ser, debidamente encaminado, un factor positivo para el progreso humano. Lo indispensable — y siento no poder desarrollar más extensamente la tesis — es esforzarse a fin de llegar a una depuración de las corrientes místicas — laicas o no, puesto que también los laicos pueden ser místicos — y elevar a los seres que han quedado sumergidos en las profundidades de la incomprensión hasta el rango de igualdad que les corresponde, es decir, colocarles en la cumbre meditativa y desde donde puedan recibir la sacudida animadora y remontarse hasta la esfera de la emoción que crea y esculpe la belleza. En tal cometido hemos de persistir hasta lograr que las disquisiciones humanas formen un conjunto armónico que labore incesantemente en pro de la fraternización y siembre a manos llenas la bondad y la justicia.

Tolstoi.

EL GOBIERNO *de los peores*

SEGUN los defensores del Estado, sin el Poder gubernamental los malos violentarían a los buenos y les dominarían, mientras que actualmente permite a los buenos dominar a los malos.

Pero al afirmar esto, los defensores del actual orden de cosas deciden de antemano la indiscutibilidad del principio que quieren demostrar. Al decir que sin el Poder gubernamental los malos dominarían a los buenos, consideran como demostrado que los buenos son los que hoy están en el Poder y los malos los que se someten. Y esto es precisamente lo que habría que probar.

Para adquirir el Poder y conservarlo, es necesario amar al Poder. Y la ambición no va de acuerdo con la bondad, sino, al contrario, con el orgullo, la audacia y la crueldad.

Sin la exaltación de sí mismo y la humillación de los demás, sin la hipocresía y la astucia; sin las prisiones, las fortalezas, las ejecuciones, los asesinatos, ningún Poder puede nacer y sostenerse.

Dominar quiere decir violentar; violentar quiere decir hacer lo que no quiere el individuo violentado, lo cual, ciertamente, tampoco querría soportar el que violenta; por consiguiente, estar en el Poder quiere decir hacer a los demás lo que no quisiéramos que se nos hiciere, es decir, hacer el mal.

Someterse quiere decir preferir la paciencia a la violencia, y preferir la paciencia a la violencia quiere decir ser bueno o menos malo que los que hacen a los demás lo que para ellos no quisieran.

Por consiguiente, según todas las probabilidades, no son los mejores, sino los peores, los que siempre han ocupado el Poder y lo ocupan actualmente.

Tolstoi.

Lee y propaga **RUTA**

RUSIA bajo el «comunismo»

LA similitud de los hechos históricos sólo es comprensible por la homogeneidad instintiva de los siniestros personajes que de siglo en siglo, hasta nuestro días, se vienen sucediendo en los puestos de verdugos y matarifes del triste rebaño humano. A la muerte de un déspota, el más inmediato seguidor, el más falto de escrúpulos, pasa a ocupar la plaza codiciada. De ahí el triunfo de Stalin sobre Trotsky. De ahí el vaticinio de Lenin a las puertas de la muerte, previendo ya el trágico final del que fué su íntimo colaborador.

De cómo fué posible el triunfo del uno sobre el otro, nos lo dice bien patente, el ensañamiento con que se empren dió esta obra, hasta el alevoso asesinato. Más que otro, este asunto nos da una imagen palpitante, aterradora de la catadura moral del hombre que desde hace 27 años tiene bajo su dominación al pueblo más triste y desgraciado del orbe humano. Así como a multitud de otros, que por la incompetencia democrática, gimen bajo el látigo bolchevique. En el régimen feudalista impuesto a estos pueblos, las leyes medioevales se encuentran en todo su apogeo; los nuevos señores de horca y cuchillo, en el marismo de su poderío, no reparan en medios para la consecución de sus sangrientos fines. Los suplicios inquisitoriales han ido perfeccionados, por estas mentes enfermizas en grado incoercible. De ahí las inverosímiles declaraciones que con motivo justificado vienen a horrorizar a los hombres que, incapaces de comprender tanta maldad, tanto dolor, se dejan llevar en vuelo de las absurdas suposiciones.

De los trágicos personajes históricos bebieron toda la hiel, a más de sus natos instintos, y en una orgía perpetua, danzan, ebrios de lodo y sangre, y se revuelcan sobre la tierra ensangrentada, rezumante de lágrimas, en la que su dantesca tiranía sembró el luto y el dolor.

Abonos germinativos, sembraron tranquilas tierras de cadáveres y muerte, y unos y otros son los eternos acompañantes de esos pueblos agonizantes. Bajo el má abracadabrante poderío, perdidos los valores morales, en una noche sin aurora, cargados de grillos y cadenas, y con un látigo continuamente restañando sobre las famélicas espaldas, los esclavos, a fuerza de brazos, hacen avanzar la nave que, guiada por un ébrio poder, terminará por estrellarse entre las rocas de horror lanzadas por su barbarismo.

Innato, patente es que como nuevo Atila, allí donde pasa su nave, queda agostada, marchita, no vuelve a florecer la vida; la muerte es dueña de la hora. Vida que, plétora de promesas, de felicidad, de armonía, allí imperaba, que el pueblo, entreviéndola, hacia ella se dirigía. Por ella luchó, por ella dió cuento valía. Con nobleza, con altruismo, con fe en un mañana luminoso. Fué traicionada, por su inconsciencia: allí fué vencida. La vida y la libertad en la U.R.S.S. han perdido su sentido.

NUDISMO

(Viene de la pág. 1.)

equivalen a las dobleces de su alma. La huella sifilítica y la deformidad del cofazón necesitan un buen cobijo, o en términos usuales, un telón de acero. El traje liso que nos concedió madre Natura, no permite esconder dinero, arma agresica ni tratamiento dermatológico.

Un día aprenderemos que desnudez es franqueza, que belleza es triunfo en la vida y ante la muerte. Friné, abuela por unos fueces cegados por la hermosura de su cuerpo, es un anticipo de la perfección que la humanidad puede llegar a alcanzar.

La ropa no es virtud, castidad ni recato. Es, defensa contra el frío y velo para los seres físicamente desgraciados.

La pudibundez no es más que vicio de origen, apego a la costumbre hecha ley. Por ello las personas nos avergonzamos de mostrar en público lo que en pricado conocemos hasta el hastío.

Procurémosle a la humanidad días de libertad y de gloria restaurando el culto a la Naturaleza y a la diafanidad de intenciones.

JOAN DEL PI.

LOS APACHES y las gentes honradas

TODOS los jefes de Estado se abrazan, se acarician y no pierden ocasión de asegurarse mutuamente que son verdaderos amigos. Es increíble lo que se aman. Y cuando se visitan es para enseñarse lo bien armados que están para darse porrazos.

Los Estados europeos no difieren sensiblemente de nuestros apaches ordinarios. Parece que entre los principales miembros de éstos se encuentra siempre que se les detiene una rica colección de armas ofensivas y defensivas. Exactamente como entre nosotros. Y hasta presumo que cuando estos apreciables sujetos se visitan deben enseñarse orgullosamente su arsenal y, entre sorbo y sorbo, decirse:

—Ya sabes, querido compadre, que soy tu amigo para siempre. Pero no me quieras mal si algún día de estos te jeringo. Será sin mala intención.

Porque, y esto es muy serio, los apaches se baten entre sí. Exactamente como las gentes honradas.

Henri Maret.

"Los hijos del amor"

En el número correspondiente al nes de enero de la Colección EL MUNDO AL DIA ha empezado a publicarse la celebrada novela de Federico Urales cuyo título encabeza estas líneas.

Ajetada desde hace años, la redición de esta obra será acogida con júbilo por cuantos aprendieron a conocer y a amar las ideas a través de esta novela, que, con «Sembrando flores», contribuyó de manera principalísima a preparar a la juventud española para la más amplia concepción de las ideas libertarias.

Los jóvenes venidos a nuestro movimiento después de la Revolución, que no han podido leerlas se deleitarán, indudablemente, con estas páginas en las que exalta a amor, a la libertad y a la vida.

Precio: 55 francos el fascículo

Pedidos: EDICIONES UNIVERSO, 29, rue des Couletiers, Toulouse (H.-G.).

Temas Eclécticos

(E)

ROMPIENDOSE la cabeza a fuerza de pensar cómo ganará millones está, constantemente, una gran parte de la Humanidad. Las personas de amplia ambición y cuantiosas necesidades precisan de importantes ingresos para vivir de acuerdo con su espíritu enfermo de pequeñez y de egoísmo, pues no piensan en los demás, sino exclusivamente en sí mismos.

Quien estas líneas escribe sabe esto por referencias, pues sus años y la sencillez de sus costumbres no le hacen ambicionar nada para sí, si bien seria su ilusión cumplida poder sembrar riquezas y dichas en los campos ajenos.

Con este romanticismo por guía—que confieso con satisfacción que no me es exclusivo, pues otros lo sienten también—, me gusta mariposear por las páginas de cuantas revistas y libros caen en mis manos. Y mentira me parece que esa raza egoista y rapaz a que me referia al principio no haga otro tanto, pues en dichas publicaciones se encuentra con frecuencia la solución del feo ideal del egoismo desenfrenado.

Las revistas, de apariencia insubstancial muchas veces, encierran cosas interesantes. He aquí una de esas revistas, de cubierta chillona y tachonada de anuncios, pero con un contenido completamente utilizable para «hacer dinero» solamente poniendo en práctica uno de sus títulos: «La recuperación de regiones desérticas». Titulo que trae a nuestra imaginación el de «Las aguas salvajes», «Los minerales por descubrir», «Las playas y las costas vírgenes», «La incultura sistemática de los pueblos» y otros mil.

En el articulo a que concretamente me refiero no se trata de recuperación de regiones desérticas en el centro de continentes apenas explorados, ni de España, abandonada en estos momentos, sino que se trata, nada menos ni nada más, de tierras como las de Escocia y las de Australia, casi antipodas y que ambas adoptaban los mismos medios de explotación.

Los sistemas empleados en ambos casos fueron los de las Landas francesas, las que gracias a la tenacidad de tenaces campeones de esta clase de recuperaciones territoriales, indiferentes a las risas y a las burlas de la ignorancia, consiguieron por fin el triunfo, la admiración y el ejemplo para similares empresas.

La lucha contra el desierto es la única lucha que habría de realizar el hombre. El terreno baldío que hay en el mundo, reducido a cultivo, sería la solución de todos los males, si ese beneficio iba a la gran masa de los pueblos, y no a una mano o a una administración impersonal y anónima. Y aunque así fuera, también mejoraría el problema mundial de manera sensible. Por esto precisamente decía, al comenzar este escrito, que es de lamentar que las entidades o personas ambiciosas de ganar millones no recurran a los medios señalados, ya que tan fabulosas riquezas no quedarían estancadas en determinados cenáculos, sino que, fluidas y abundantes, a todos beneficiarían.

El secreto del triunfo de la lucha contra el desierto, más que la necesidad de regar, aunque poco, es la de proporcionar al terreno determinados principios minerales que son origen de la flora espontánea y de la posibilidad de vida de la fauna menuda, mediana y grande (roedores, ganados de corderos y cabras, y vacadas y potreros), principios minerales en tan minima proporción, que el hombre cuenta con bastante cantidad para conquistar todas las tierras vírgenes que contiene el planeta.

Esta ha de ser el áncora de salvación del núcleo inmenso de los desposeidos de los organizadores del mundo nuevo: colmar de comida a la familia humana, dotarla de viviendas y de comodidades, y la zozobra finará y las querellas serán terminadas, porque la organización actual del mundo es como una noria: dar vueltas siempre por el mismo camino. El redondel terrible del esclavo que va guiado por una cuerda ronzal que sale desde el centro, exigiendo siempre la misma distancia. Romper ese ronzal, invadir el desierto, producir riquezas sin cuento de todos y para todos. Ahí está el remedio, ahí está la Justicia y ahí está la Paz.

ALBERTO CARSI

Pepita GERBOLES UNA VICTIMA DEL EXILIO

POR la carta de un amigo y la nota escueta que en ella se adjuntaba, nos enteramos de la irreparable pérdida. Pepita Gérboles, la joven compañera, cuya simpatía y dotes personales habían conquistado rápidamente, a pesar de sus pocos años, el corazón y la amistad, de todos los que tuvieron la suerte de tratarla e intimar con ella, había fallecido después de angustiosos momentos de esperanza e inquietud, víctima de brutal e inesperada enfermedad.

Inexorablemente condenada a muerte, ni los esfuerzos de la ciencia, ni los cuidados de sus familiares y amigos pudieron arrancar a su prematura suerte, a esa promesa juvenil.

Dotada de esperanzadoras cualidades, gran parte de su actividad, estaba al servicio permanente del ideal solidario y humano que encarnan nuestras bellas ideas. El Grupo artístico «Cultura Popular» de Burdeos y las JJ. LL. de esa localidad, beneficiaron intensamente de esa predisposición y formación personal, que su madre, la estimada compañera Juliana, había tan acertadamente orientado.

Estamos seguros que la pérdida ha sido sentida unánimemente, tanto por las cualidades que adornaban a la selectísima compañera, como por lo inesperado de su trágico fin.

No habiéndonos sido dable en esos tristes momentos, manifestar con nuestra presencia, el sentimiento de amistad y fraternal cariño que con Pepita nos unía, sirvan por lo menos estas emocionadas líneas, de expresión sincera del dolor que nos embarga y de sentido y póstumo recuerdo hacia la compañera que se fué.

Que su madre, la compañera Juliana, encuentre aquí el testimonio de nuestra afección y el convencimiento de que el dolor por la pérdida que la aflige, es compartido unánimemente por los numerosos amigos que en Toulouse, a pesar de la distancia, sienten intensamente el agudo dolor que la pérdida de Pepita les depara.

Sala de Fiestas "Fernand Pelloutier"

COURS DILLON — TOULOUSE

FIESTA DEL NIÑO

El DOMINGO 11 de Febrero, a las tres y media de la tarde, con el siguiente programa:

1.° LA SORPRESA DEL AÑO. ¡Lo nunca visto en esta sala!

2.° El conocido cuento infantil

LA CAPERUCITA ROJA

dialogado y ejecutado en escena por los niños: **Caperucita**, Josefina Guevara (8 años); **Abuelita**, Marta Abella (9 años); **Lobo**, Pedrito (8 años); **Cazador**, Helios Navarro (10 años).

3.° Reaparición (para esta sola fiesta) de los idolos de los «peques»:

TOTI Y TOTO
CLOWNS

Reparto de juguetes y merienda a todos los niños.
Entrada gratis.

Biblioteca Universitaria

CORREO AMERICANO

LOS POLITICOS

ESENCIAL y fundamentalmente antipolíticos, hemos procurado siempre denunciar la burda institución de la propaganda electoral y el inútil sacrificio del sufragio, consistente en delegar incondicionalmente cada votante su personalidad, su natural derecho de humana individualidad en otro individuo —el candidato—, no importa si inteligente o zafio, si bueno o malo, porque en cualquiera de los casos el sufragio significa autodespojo, renunciamiento al más valioso de los derechos, el de ser libres, que la sola condición de seres humanos nos confiere.

De los dos aspectos: la burda mixtificación y el inútil sacrificio, sólo éste continúa mereciendo nuestra atención. Lo otro ya, felizmente, ha desaparecido a juzgar por la campaña electorera que desde hace un par de meses soportamos en esta Atenas del Plata que es Montevideo.

Ya no hay mixtificación en la propaganda electoral. Al menos en la presente emergencia, los políticos, en sorprendente esfuerzo de superación, lograron, ¡por fin!, sincerarse y se nos presentan sin disfraces, artificiosos adornos, ni ambajes; naturalísimamente, como realmente son: candomberos y tangueros. Al parecer amargados por el gentil desprecio con que el pueblo, visible y continuamente, los obsequia y sintiéndose —¡cuando no el!— Dioses, se placen en la venganza, y en sádico ejercicio de ésta, atruenan la ciudad, aturden o pretenden aturdir a la población con las más groseras y atonantes estridencias «musicales» a base de las peores partituras y pésimas parodias de las ya pésimas letrillas como el «Señor Co'ón», «El Caimán», «As cadeiras de Sofía», etcétera, etc.

A este respecto, hace algunos días, un compañero de trabajo nos decía: «Estos políticos son como algunos clínicos que se complacen en exhibir sus peores vicios y sus aberrantes lacras morales.» Y es exacto. Pero ese es sólo un aspecto, el menos importante. Peor aún es el método de propaganda empleado en la Prensa y en las tribunas, especialmente en éstas, o sea la parte oral de la campaña: ya no se mientan propósitos de gobierno, plataformas o programas, y ni aun valores personales. Perfectamente conscientes de que nada de eso poseen, nada prometen, no interesa. Ahora el procedimiento proselitista consiste en denigrarse; en enrostrarse mutuamente los correspondientes defectos y, como éstos son infinitos, el tema es inagotable.

Refiriéndose a lo mismo, un ocasional comentarista de café expresaba: «¡Toda la ciudad parece ahora un gran conventillo a las horas en que los hombres no están!»

No tenemos un tan pésimo concepto de las damas que pueblan las casas de vecindad, pero aun reduciendo la exactitud del parangón a su grado mínimo, preguntamos: ¿Dónde están y cuándo llegarán los hombres que con su dignificante presencia impongan silencio a tantas y tan vociferantes procacidades políticas? Y formulamos, con carácter premioso, este interrogante, porque esta grotesca carnavalada electorera que actualmente sufrimos tiene un aspecto trágicamente doloroso: la evidencia de la colectiva y endémica depresión moral de la época. Sólo así puede explicarse la resignación, indiferencia o pasividad con que el Pueblo tolera tan denigrante espectáculo, que a todas luces ofende la dignidad de quienes deban presenciarlo y obligatoriamente soportarlo.

Como más arriba expresamos, ya no es la mixtificación la principal característica de la propaganda y acción políticas, ahora lo es el vergonzante cinismo, rayano en la indignidad.

Recordamos haber presenciado, hace algunos años, una descomunal batalla verbal, a base de los peores dicterios y epítetos, entre pupilas de una casa de tolerancia, llamándonos singularmente la atención el que ninguna procurara negar los defectos, vicios y aberraciones que mutuamente se enrostraban, y nos explicaba un amigo: ello se debe a que todo es verdad.

Nuestros políticos proceden ahora exactamente igual. Mutuamente se acusan de ineptos, fraudulentos, vivillos, fascistas, demagogos, vendepatrias, reaccionarios, ilusos, explotadores, felones, cobardes, «cafstens», estafadores, carreristas, quinieleros, etcétera; y, al igual que las rameras de marras, no refutan, procuran replicar aumentando continuamente el calibre de los mutuos dicterios y epítetos, nada más...

Ello nos da la tónica de las altas cualidades que generalmente distinguen a los políticos profesionales o no; pero no agrega un ápice a nuestro fundamental concepto antipolítico.

Si los políticos fuesen de condiciones diametralmente opuestas a las ya indicadas; si, en general o en su totalidad, fuesen hombres probos, magnánimos o altruístas, de acrisolada honradez, inteligentes y cultos, igualmente seríamos antipolíticos, por entender que no es una cuestión de hombres, sino de sistemas. Porque el vocablo «político», sin que al efecto importe su etimología, tiene su origen funcional, su génesis, diríamos, en el Estado, sin el que aquélla no tendrá razón de ser y sin el que, automáticamente, desaparecerá.

No interesa, tampoco, a nuestra posición anarquista, antipolítica, el mayor o menor reaccionarismo o «revolucionarismo» de programas y partidos políticos. El revolucionarismo político será, siempre, falaz, entre otras razones, por su misma y obligada condición estatista.

El denigrante espectáculo que a grandes trazos señalamos y que por lo demás todos conocen, no es «la» política, bien lo sabemos; es sólo un aspecto de la misma: el práctico. El aspecto teórico es distinto, aunque no es mejor. De la política se han hecho muchas definiciones, pero especialmente tres obtuvieron, por su mayor aceptación, derecho de mundial ciudadanía, y son (con relación al Pueblo): primera, arte de engañar; segunda, arte de gobernar; tercera, ética. Si descartamos, como se debe, la primera por demasiado agraviante, y la tercera por demasiado imprecisa, y nos quedamos, como no puede ser de otra manera, con la segunda, que, aparte de más ecuánime, constituye en cierto modo la síntesis, tenemos que «política» es arte de gobernar a los pueblos. Pero, ¿es que los pueblos han, realmente, necesidad de tal arte y de tales artistas?

La sola expresión «gobierno» implica «poder» de los gobernantes sobre los gobernados, privilegio, diferencias jerárquicas, que no sólo originan, sino que ya significan desorden social. Tenemos, pues, que gobierno, contrariamente a lo que los políticos opinan y muchos creen, lejos de significar orden, significa desorden. Y como el hombre, en general, es naturalmente refractario al gobierno en virtud de la función antinatural de éste, el mismo ha, para ejercer el poder, menester de la violencia, que lógicamente engendra violencia y el consiguiente caos social, que presenciamos y sufrimos, y cuyo único eficiente remedio será la abolición del Estado y, consecuentemente, del gobierno y la política.

* * *

No escasean, más bien abundan, los ilusos que teniendo del Estado un concepto semejante, ya que no idéntico, al nuestro, actúan en política con la vana esperanza de alcanzar el poder y, desde él, revolucionar la Sociedad e inclusive abolir el Estado aboliendo su razón de ser: el capitalismo. Reconocemos que el Estado, en su forma actual, si no es exclusivamente producto del capitalismo, es—por lo menos—su mejor, casi diríamos su único puntal, y, por la misma razón, el capitalismo permitirá a los socialistas la asunción y permanencia en el poder mientras desde él continúen respetándolo y sirviéndolo, como actualmente ocurre en Inglaterra; pero los aventarán prestamente apenas colijan en ellos algún asomo de peligrosidad revolucionaria, como ocurrió en España. Y eso que la peligrosidad revolucionaria de los políticos españoles... ¡Vamos! ¡No era como para asustar a nadie!

Y es que Estado no es solamente el Parlamento o la casa de gobierno; lo es también, y especialmente, el cuartel y la banca, y al servicio de ésta la «gran» Prensa y otros importantes instrumentos cuyos resortes son de exclusiva privanza capitalista.

Por lo demás, es sumamente problemática la toma del poder por los socialistas.

Bakunin profetizó exactamente cuando les dijo: «Vosotros no tomaréis el poder; éste os tomará a vosotros.» Y la Historia, la breve Historia de ochenta años, ha demostrado ya palmariamente que no se equivocó. Los magnates del socialismo ya no hablan de destruir el poder; sólo aspiran a mejorarlo, reforzándolo.

No ponemos en tela de juicio la honestidad política de los socialistas, que por lo demás no nos interesa; nuestra posición antipolítica no se basa en la mayor o menor honestidad de los políticos, sino en su perniciosidad, tanto peor cuanto más honestos. Los otros, los felones traficantes de la política, están allí en su ambiente, como el pez en el agua; los que están mal ubicados son los sinceros y honestos que con su actuación, en mayor o menor grado, la prestigian, contribuyendo así a la continuidad de un mal social que, por humana profilaxis, debe desaparecer.

En consecuencia, votar, aunque sea por los «mejores», es remachar las opresivas cadenas estatales, es autotraicionarse y traicionar la causa de humana liberación.

NOTAS AL MARGEN

NO son solamente los anarquistas los que afirman que el Estado roba, regimenta y oprime a sus súbditos; hay muchísima gente, entre lo que pudiéramos llamar «estado liano», que aunque no tenga la menor idea de lo que sería la Sociedad sin Estado, opina de forma tan radical como los propios anarquistas sobre lo que en sí es la acción estatal. Y para ello no le faltan motivos en lo que fundamentar su opinión, pues el cúmulo de contradicciones flagrantes en las que se debaten todas las instituciones estatales. Ahora, por ejemplo, llegados a la época en que el calendario marca el fin de un año y el inicio de otro, puede verse cómo estas entidades se emplean a fondo para determinar cuál debe ser el origen y la cuantía de sus ingresos, así como la previsión de los gastos a realizar. Y hasta los miopes ven el barrizal en que, para lograr el equilibrio entre esas dos imprescindibles partidas presupuestarias, se meten políticos y economistas.

Empiezan por establecer la cantidad que en concepto de impuestos y contribuciones les es dable ingresar, y lo normal y lógico sería que ajustaran a estos ingresos los gastos a realizar. Pero no; prefieren estirar más la manga que el brazo, y hacer girar toda la política presupuestaria alrededor de lo que se han propuesto gastar. Como para procurárselo no han de imponerse esfuerzos complementarios, sino que se las han de arreglar para que lo desembolsen los contribuyentes, es decir, los productores, que son los que de hecho contribuyen, no reparan en mientes en cuanto a la actitud a adoptar.

Pero es que aun para esto usan fórmulas tan contradictorias, que no pueden por menos, afortunadamente, que despertar la indignación de los que a justo título se consideran robados, después de haber sido, con papel de estampilla, convenientemente empapelados.

Para nadie es un secreto que la acción saludable residiría en abandonar a la iniciativa individual infinidad de servicios que la administración estatal invade y profana, pues hasta los negocios más florecientes resultan en sus manos deficitarios; pero se empeñan en absorber y centralizar más y más en su insaciable «fobia» de dominación. Que cuando ellos mismos convienen que la solución consiste en aumentar la producción necesaria la vida, se empeñan en multiplicar la utilizable para la muerte; y aun esto dentro de crisis de trabajo, impropias de una situación en la que la solución consiste en elevar su potencial productivo. Aplastar a los súbditos con nuevas cargas fiscales, o inundar de papel-moneda el mercado financiero, con lo que producen lo que en economía política llaman inflación, es todo lo que se le ocurre al Estado para llevar el equilibrio a lo que él mismo ha desequilibrado.

Y de ahí nacen las protestas de las clases pudientes, considerándose las más castigadas, mientras que callan los proletarios, considerándose al margen de imposiciones, siendo los que en fin de cuentas las soportan todas ellas. El industrial, el terrateniente, el comerciante, el artesano, etc., responden elevando el precio de sus productos. Pero, ¿con qué responde el obrero, y a qué queda reducido el aumento de su salario, aun en el mejor de los casos?

Mas lo que sí es una evidencia, a pesar de todo, es que el Estado, toda clase de Estado, resulta dañoso para las clases sociales; y ello, tanto desde el punto de vista moral como desde el material. Es por lo que para combatirlo pueden aliarse cuantos aprecien en algo su personalidad individual, sin tener en cuenta la posición social que ocupan, por cuya razón nos congratula constatar la aversión estatista que notamos por doquier y a la que hacemos mención al iniciar este trabajo.

Canta-Claro.

De interes para los alumnos de los cursos por correspondencia

Se avisa a todos los alumnos inscritos a los Cursos por correspondencia organizados por el S.I. de la C.N.T. de España en el Exilio, que causas ajenas a nuestra voluntad nos obligan a retardar de quince días el envío de las primeras lecciones. Tal medida no alterará la duración de las asignaturas, ya que se prolongarán de forma equivalente a los días de retraso con que den comienzo.

Siéndonos imposible responder particularmente a las numerosas peticiones que recibimos, este Secretariado precisa que la enseñanza de los cursos es en Castellano, y que para la inscripción no es indispensable perteneecer a la C.N.T.

Las únicas formalidades son el envío de la inscripción correspondiente a nombre de Pablo Benaiges, 4, rue de Belfort, Toulouse, y el pago de 500 francos por asignatura a Roque Santamaría, igual dirección, precisando al dorso del giro la o las asignaturas que se deseen.

Señalamos también a los alumnos de cursos anteriores que es precisa una nueva inscripción para continuar recibiendo las lecciones del ejercicio 1951.

SECRETARIA DE CULTURA Y PROPAGANDA.

EL MENSAJE DE S.I.A.

EL año 1951 es una hoja más del infinito libro del Tiempo y de la breve Historia de la Humanidad.

Las palabras que anteceden parecen establecer una relación entre lo eterno y lo fugaz; lo grande con lo pequeño; lo máximo con lo mínimo. Labor ésta, que está fuera del alcance del hombre, que es átomo de lo pequeño y de lo mínimo; fracción infinita de la materia organizada, que por el atributo admirable que posee, el pensamiento, se cree árbitra del Universo y reguladora de sus leyes.

Pero bien estaría esta petulante pretensión, si el hombre emplease todos los medios puestos a su alcance en la producción del Bien. Del Bien general, del Bien universal, del Bien eterno. En esa generalidad, en esa universalidad, en esa eternidad que él puede concebir, pero la experiencia enseña que en la realidad, ocurre todo lo contrario.

Laudables y meritísimos intentos se han realizado para unificar a la Humanidad en la relización de la empresa del Bien. Algunos de ellos, como la admirable «Cruz Roja», llegaron a acoger en su seno millones de adeptos y respetable número de naciones. De otras entidades y de otros laudables intentos, también de carácter internacionalista, todos tendrés noticia, pero, desgraciadamente, ninguna ha llegado a conciliar una mayoría de la Humanidad, siempre desvenida y dispersa.

En cambio, vemos como se suceden, con una regularidad cronológica, las catástrofes; mejor dicho, las fases de la catástrofe; que es ininterrumpida, continua y tenaz como una terrible pesadilla, que la Humanidad en conjunto soporta enloquecida porque le produce todos los males materiales, morales y sentimentales, hasta el martirio y la desesperación, y busca un ancla para detener esa deriva fatal y desgraciada, porque angura peores males y más terribles sufrimientos, sin consuelo alguno que los mitigue.

Y S.I.A., generosa y altruista, tolerante y maternal, con los brazos abiertos a toda conciliación y a toda armonía, cree haber hallado, con esa intuición que el amor humano proporciona, el medio de aminorar, de momento, tanto dolor, y evitarlo por completo más tarde, con las cooperaciones sinceras, y dentro de la infinita área significado de las tres palabras: Solidaridad Internacional Antifascista.

Es evidente que figurará la palabra concreta y calificativa «Antifascista», pero hemos de reconocer que no en todos los pueblos tiene la misma significación de entonces, pero también creemos, que la Solidaridad Internacional Antifascista, que lo es para la justicia y la paz, tardará en perder su valor intrínseco y su trascendencia humana, que es, en definitiva, la esencia moral y material de nuestra institución.

Los hospitales y las clínicas tardarán en vaciarse; los dolores tardarán en cesar; las lágrimas y los más acervos sufrimientos tardarán en enjugarse y calmarse; y el clamor hamano, como eco triste de la desgracia, seguirá, sin duda, mucho tiempo en dejar de sentirse en los ámbitos del mundo, y la unión de todos los seres de buena voluntad será siempre necesaria y siempre eficaz.

A esta unión aspiramos, abriendo de par en par las puertas de nuestra voluntad a quienes se nos acerquen, y poniendo en tensión los resortes de nuestro dinamismo para ir hacia a quienes nos reclamen; por la S.I.A. no dejará de realizarse la unión espiritual y cordial del mundo; ella ha de ser imán que atraiga y acero que sea atraído por toda fuerza de nobleza y altura de miras para realizar el bien. Ella trabajará con quien trabaje, consolará con quien consuele, sufrirá con quien sufra y llorará con quien llore.

S.I.A. ha meditado sobre el valor de su anagrama y la trascendencia de su título, y una vez más, se concentra y se ratifica, porque cree representar el idealismo puro ni el peso inmundo del interés por la materia; el triunfo de Don Quijote sobre los libros de caballería; la glorificación del espiritualismo, sentimiento supremo que siempre prevalece a través de todos los dispositivos protectores de otros sistemas menos puro y sereno, menos altruístas y generosos.

En esta hoja del infinito libro del Tiempo y de la breve Historia de la Humanidad, se honra S.I.A. estampando su tríptico de Paz, Libertad y Justicia, y pidiendo la colaboración y aceptando el consejo de todos cuantos sientan en humano, en infinito y en eterno.

Alberto Carsí

Journal sorti des presses de la SOCIETE GENERALE D'IMPRESSION (Coopérative Ouvrière de Production) Siège social : 26, rue Buffon, Toulouse Ateliers : 61, rue des Amidonniers

"LA PENSEE CHINOISE ET SON ROLE DANS LA GRANDE SYNTHESE HUMAINE"

Ha aparecido ya esta obrita póstuma de Paul Gille, editada por un grupo de compañeros que han querido rendir este homenaje de simpatía y de recuerdo a la memoria del que fué uno de los grandes teóricos del anarquismo científico.

De forma sencilla, al alcance de todas las inteligencias, con el don de convicción propio del autor de «Historia de las ideas morales» y de «Esbozo de una Filosofía de la dignidad humana», Paul Gille expone cuál ha sido y será el papel desempeñado por la cultura y la filosofía chinas en la evolución del Pensamiento mundial.

Pedidos: Servicio de Librería del M.L.E., 24, rue Ste-Marthe, Paris (X).—Administración de «C.N.T.», 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)—Service de Librairie de «Le Libertaire», 145, Quai de Valmy, Paris (X).—Service de Librairie de la C.N.T.F., 39, rue de la Tour d'Auvergne, Paris (IX).—Servicio de Librería de «Universo», 29, rue des Coutellers, Toulouse (H.-G.).

EL IDEAL HUMANO

ES necesario estar en guardia contra la tendencia a sistematizar las ideas y los hechos humanos en concepciones abstractas, que a menudo concluyen por significar lo opuesto de la idea y del hecho de que parten, o bien por momificarse en una fraseología que luego se torna punto de partida para hechos e ideas del todo opuestos y adversos.

Esto sucedió con el idealismo, antes de 1860; eso ha ocurrido con el positivismo y el materialismo hasta hace poco tiempo atrás; esto torna hoy día a suceder con el idealismo, que surgiendo de una noblísima aspiración del alma humana, acaparado luego por profesionales de la ciencia y de la filosofía, fosilizado en algunas fórmulas abstractas de equívoca interpretación, ha terminado por significar para unos materia de ridículo y de burla, y para otros justificación de toda infamia, vale decir negación de cualquier ideal.

Ante este espectáculo acude el deseo de repetir la invectiva de disgusto de Carducci: «¡Ah! Idealismo humano, ¡ahógate en una letrina!» Pero, acaso porque hay quien especula con las cosas sagradas y las mancha, porque hay quien tuerce el significado de las más augustas palabras y las infama, ¿estas palabras y aquellas cosas han perdido su significado y su valor intrínseco ¡Nunca! Ni las falsificaciones de los malvados, ni las sonrisas de los escépticos quitan al idealismo, necesidad insuprimible del espíritu humano, su virtud de propulsor y suscitador de civilidad, de fecundador del progreso, que aumenta la suma de los bienes de la vida y los extiende a un número siempre mayor de seres vivientes.

Son idealistas, entonces, no los secuaces de este o aquel árido y formulista sistema filosófico, sino aquellos que combaten, quieren y esperan por la bien de todos: aquellos que con su voluntad y con su acción tienden a alcanzar, primero en sí mismos y luego en los otros, un fin de purificación y de elevación moral, y que en el terreno político-social se proponen un fin de mejoramiento general que prescinde de los intereses personales (propios, de grupo, de lugar o de clase), y que en mira del porvenir puede prescindir también de los intereses contingentes o inmediatos.

Aun cuando ellos defienden y reivindican algunos derechos individuales, de grupos, de nación o de clase, lo hacen no por particular amor a la clase, a la nación, al grupo o al individuo con exclusión, indiferencia u odio para todos los otros, sino porque en ellos ven ofendido o defraudado aquello que debería ser el derecho de todos, un derecho humano. Si es verdad que es natural que los oprimidos y los explotados sientan más cerca de sí a los que están unidos a ellos por vínculos de sangre, o de lengua, o de trabajo, o de costumbres, esta predilección no va más allá de los límites de la justicia. Los enemigos de la justicia y del derecho son sus enemigos, aunque sean sus más próximos vecinos; todos los oprimidos y todas las víctimas son idealmente sus hermanos, aun al lejanísimo, aun si por causa de la clase, o categoría o grupo se hallan separados.

Además, estos idealistas que combaten por eliminar las causas económicas, políticas o morales del mal, bien que en la batalla no ahorran golpes a los enemigos, en realidad combaten por el bien de éstos.

Aunque restringimos nuestras observaciones a la lucha social que se desarrolla ante nuestros ojos entre clases privilegiadas y clases desheredadas, entre opresores y oprimidos, no es difícil constatar que también los primeros sufren, en mayor o menor proporción, las consecuencias de la miseria y del sufrimiento de los segundos. La injusticia social castiga, a lo menos de rechazo, pero a menudo cruelmente, a aquellos mismos que la ejercitan o son sus favorecidos. Naturalmente, éstos defienden lo mismo encarnizadamente sus injustos privilegios, porque en su ciego utilitarismo encuentran que, a pesar de todo, están bastante bien en comparación con los explotados y oprimidos.

Está en la naturaleza de las cosas que los privilegiados estén fuertemente adheridos a los privilegios que tienen, malgrado los inconvenientes que originan. Pero el idealista que combate contra todos los privilegios porque los considera un mal, tiende a destruirlos como fuentes de males y no porque el mal castigue o hiera a esta más bien que aquella categoría de personas; y procura evitar o preservar sus malas consecuencias por el bien de todos o del mayor número posible. El ideal es que no haya más privilegiados ni desheredados, y no que éstos ocupen el puesto de los primeros y viceversa.

He ahí por qué si aun hoy, por acaso, surge a la luz una injusticia de particular gravedad, en daño de alguien perteneciente a la clase o casta privilegiada, aquellos que se han consagrado al afán de los oprimidos se sienten súbitamente en espíritu y casi automáticamente a su lado y sienten por él un sentimiento de simpatía y de solidaridad. Baste recordar, por ejemplo, cómo socialistas y anarquistas se solidarizaron en la causa de Dreyfus, en Francia, y cómo en Italia fueron casi los únicos que, cuando el proceso Murri, se hicieron sentir contra la genuina falsamente moralista e injuriosa que de una grave tragedia familiar aprovecharon para excitar hasta la ferocidad las peores injusticias contra los desventurados, con el único objeto de manchar un nombre caro a la ciencia y benemérito para la Humanidad, pero heréticó frente a la Iglesia.

Si los discípulos del ideal socialista o anarquista, en el actual conflicto de clases, se unen a la clase obrera y hacen suyas las reivindicaciones del proletariado, es porque estas reivindicaciones son justas, es porque la clase trabajadora sufre más la injusticia social y, además (razón bien comprensible de oportunidad), porque los trabajadores son impulsados por sus necesidades y sufrimientos a hacer en mayor número causa común con los que levantan una bandera de libertad y de justicia contra el presente orden de cosas. Pero el ideal por el cual ellos combaten es un ideal humano, general, no una simple reivindicación de clase.

El ideal, por su naturaleza, es universal; y cada vez que se le quiere imponer fronteras y límites (de clase, de nación o de grupo), y monopolizarlo para una sola categoría de hombres, se lo mata.

Entre aquellos que han bajado a la arena, en las luchas político-sociales, para defender una renovación de la Sociedad en el sentido de una mayor justicia, ha habido, por un largo período de tiempo, quienes hacían gala de indiferencia o desprecio por las ideologías. «Derecho, justicia, libertad, fraternidad, humanidad, patria, individuo... ¡palabras vacías de sentido!—decían.—En verdad, no hay más que el interés económico de la clase, del que deriva y depende todo lo demás.»

Esto no impedía, a muchos de los que sostenían eso, actuar en la lucha, y a menudo hablar (especialmente en las ocasiones de grandes conmociones generales) como si hubiesen olvidado la teoría clasista y economista de la que hacían ostentación.

Mostraban un entusiasmo, un desinterés, un espíritu de sacrificio, un impulso futurista tan desculado de los intereses contingentes, que era todo un homenaje hacia aquello que otrora escarnecían bajo el nombre de vacías abstracciones. Pero, mientras tanto, sus predicaciones teóricas, que reducían todas las aspiraciones y las luchas humanas a un frío conflicto de intereses económicos, ejercía una triste influencia sobre los otros, principalmente sobre las nuevas generaciones, y contribuía a esterilizar en ellos las más vivas fuentes del entusiasmo y del heroísmo.

De todo esto habían comenzado a darse cuenta, desde antes de la última guerra—se refiere a la del 14-18—, muchos de aquellos que más responsabilidad tenían de haber difundido una mentalidad tan errónea y una psicología tan deletérea; es decir, los reformistas del socialismo y los sindicalistas del obrerismo revolucionario. Algunos de ellos, preocupados del escepticismo sofocante, y viendo que el resorte utilitario no era ya suficiente para volver batallador al proletariado e impedir la derrota, levantaron alto sus voces por un retorno al idealismo.

«Ocurre—escribía Tulio Colucci en una serie de artículos de la «Crítica Sociale», de Milán, que luego fueron recogidos en un opúsculo—que no se confunda ya más lo relativo con lo absoluto, el movimiento propia heredándola de la burguesía liberal y democrática, cuyo puesto ha tomado. Pero se trata de una ideología que ha dado ya todo lo que podía dar; y hoy ha sido superada por los acontecimientos, por las aspiraciones crecientes de las multitudes y por el desenvolvimiento de los principios que ella misma había puesto sobre el tapete. No hablemos tampoco del comunismo bolchevique, que es una especie de salto atrás con método revolucionario y que anularía los mismos progresos adquiridos a través de las revoluciones democráticas y nacionales, y no tiene nada del ideal «comunista», en el sentido histórico, etimológico y popular de la palabra.

La fe en el Estado justiciero, que renace al surgir los grandes Estados modernos y que la revolución de 1789 hizo suya, ya sea entendida en sentido parlamentario, ya en sentido absolutista o dictatorial, es ahora una fe muerta que sólo con la violencia puede ser impuesta; no es más un ideal, si es que en realidad lo fué alguna vez.

Por otro lado, ¿puede expresar el ideal de la liberación humana el sindicalismo que se basta a sí mismo, o que pretende bastarse a sí mismo; lucha igualmente áspera y audaz en los métodos, pero hecho en nombre y en el interés contingente y exclusivo de la clase obrera organizada, pequeña minoría frente al enorme número de los oprimidos, de los explotados y de todos los que sufren las miserias sociales? Cuando luego se combina con el reformismo—el sindicalismo reformista—, la ausencia de todo idealismo es todavía más patente. Pero sería ilusionar e ilusionarse pensar que para dar al sindicalismo un carácter idealista baste la adopción por su parte de las formas y métodos revolucionarios de lucha. El método y la forma no son la misma cosa que el fin y la idea, ni pueden substituirlos.

El Sindicalismo, reformista o revolucionario, no es más que un método de agitación y de lucha, una faz del poliédrico movimiento social. Responde a intereses inmediatos en relación con la constitución económica moderna, a los intereses particulares de una clase, y ni siquiera a toda la clase obrera, sino a aquella que está organizada o es organizable.

El sindicalismo revolucionario, entendido como método y no como ideología en sí (una ideología sindicalista verdadera y propia no existe, y la que por algún tiempo tuvo esa pretensión no era sino un mosaico y una mezcla de ideas y métodos del socialismo y del anarquismo), y mejor sería decir el movimiento sindical revolucionario, aparece ciertamente como el más adecuado para secundar un movimiento general idealista, es decir, para ser el instrumento de aplicación de una fuerza ideal sobre el campo económico. Desde este punto de vista, los anarquistas, por ejemplo, lo consideran como un importante coeficiente de sus luchas, como medio y terreno indispensable para atraer a las luchas por sus ideales a las grandes masas proletarias.

Pero él sigue siendo el medio y no el agente, acción particular y no general, inspirado en las exigencias de las utilidades inmediatas y de clase, y no por un programa de futuro y universal; no posee, por lo tanto, el predominante carácter humanista del ideal que se inspira en principios generales superiores.

Fué un ideal, además de religión—y el ideal es siempre un poco de religión—, el cristianismo primitivo, cuyas predicaciones evangélicas se dirigían a todos los hombres. Fué un ideal el principio de igualdad que animó a la Revolución francesa, cuya «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano» no se detuvo en los confines de las naciones, sino que hizo un llamado a todos los pueblos de la Tierra. El mismo patriotismo que animó las revoluciones de la primera mitad del siglo pasado, en cuanto reivindicaba la independencia de todas las patrias y la libertad de todas las naciones, fué humano e «internacionalista»: por la independencia griega combatieron franceses, ingleses y alemanes; por la independencia polaca acudieron a batirse hombres de casi todos los países. Y es sabido que los patriotas italianos bañaron con su sangre todas las tierras en las que se luchara por la libertad de una patria: en Polonia, en España, en Grecia, en Servia, en Francia, en América...

proletario con el idealismo ético que está en nosotros, es nuestro valor interno, y domina, envuelve, dirige y modera, coordina e ilumina de belleza el vario y bajo entrelazarse de los egoísmos. No todo aquello que hace el proletariado, o se hace en su nombre, es digno de ser hecho o, más aún, es digno del socialismo... El socialismo es la envoltura ideal y ética, la atmósfera humanística, en la cual se mueve el proletariado; en la cual solamente puede combatir su más grande, más bella, más buena batalla...» («Del viejo al nuevo Socialismo».)

«La crisis en que se debate el movimiento obrero contemporáneo—rebatía, desde un campo totalmente distinto, Angelo Faggi, en el órgano más autorizado del sindicalismo italiano de entonces—es rica de muchas enseñanzas. Entre otras, nos dice esto: que el movimiento sindical, para desarrollarse, ha de estar saturado de audacia, de espíritu profundamente revolucionario, y para lograr esta capacidad debe templarse en los más duros sacrificios y necesariamente estar penetrado de idealidad. Las organizaciones vacías de alma revolucionaria, de espíritu heroico, de sentimiento idealista, están destinadas a ser siempre bien mísera cosa... Ahora es necesario tornar al ideal, agitarlo en el ánimo de las masas hasta saturarlas con él. Aquí está nuestra salud interior, y la salvación del proletariado.» («La Internacional», Parma.)

(Continuará.)

CEDOC

Monìn le ha preguntado a uno de sus amiguitos:
- Y usted, señor elefante, ¿qué instrumentos toca?
- La trompa y el piano. ¿Acaso las teclas no son de marfil?

Mamà le ha dicho a Kiko:
- Si eres bueno iràs al cielo y si eres malo al infierno.
- Y para ir al cine -ha preguntado Kiko- ¿cómo debo comportarme?

COMMENT TRAVAILLENT LES ANCIENS EN ORIENT

Le nom d'Orient — et, de plus en plus, de Proche-Orient — désigne les pays situés au sud-est et à l'est de la Méditerranée. C'est dans ces régions que se lèvent d'abord, pour notre civilisation méditerranéenne et occidentale, les ombres de la préhistoire. La chaleur du climat, l'éclat de la lumière, la fertilité des alluvions des grands fleuves poussèrent les groupes humains qui s'y étaient installés à un essor nouveau. Là, il y a environ cinq mille ans, se constituèrent les premières sociétés que connaît notre histoire, sociétés renouvelées périodiquement par des invasions dont les plus nombreuses vinrent de la mer, de l'Asie Mineure et des montagnes qui l'entourent au Nord.

Sur les bords du Nil, l'Egypte, entre le Tibre et l'Euphrate, la Chaldée et l'Assyrie, sur les bords de la Méditerranée la Phénicie virent les plus brillantes de ces sociétés.

Bien qu'éloignées les unes des autres, elles eurent entre elles de nombreuses ressemblances sociales, politiques, économiques, et l'Orient présente de ce fait une certaine unité. De grands empires englobèrent d'immenses territoires : ils y créèrent des civilisations semblables et multiplièrent leurs contacts.

Le culte de la force, le fait des conquêtes, la nécessité de mener à bien de grands travaux collectifs, l'irrigation par exemple, les exigences des princes, l'insuffisance des moyens mécaniques provoquèrent le développement de l'esclavage qui fournit la main-d'œuvre caractéristique de toute l'antiquité : les esclaves étaient les « machines » de ces siècles lointains.

EN EGYPTE

L'histoire de l'Egypte, avant l'ère chrétienne, s'étend sur plus de trois mille ans; elle est plus longue que l'histoire de la France. Aussi la vie y a-t-elle été très variée. De même que nous parlons des Gaulois, du Moyen Age, des rois et de la République, de même il faut penser pour l'Egypte à des organisations et à des genres de vie différents selon les époques.

Trois mille ans environ avant Jésus-Christ, l'Egypte est gouvernée par une sorte de roi, qu'on appelle Pharaon (fils de Dieu). Il est propriétaire de la plupart des champs et des vignobles. En cas de famine, c'est lui qui nourrit le peuple. Tout le monde lui obéit. Les quelques chefs qui subsistent des temps plus anciens perdent leurs terres et leur autorité. L'Egypte devient tout entière la propriété du Pharaon, et tous ses habitants lui doivent obéissance.

Aux premiers temps de leur histoire, tous les Egyptiens sont égaux en droits : il n'y a ni nobles ni esclaves. Mais les fonctions publiques deviennent héréditaires, grands fonctionnaires et propriétaires forment une classe de seigneurs.

Les paysans sont attachés au sol. Ils ne peuvent le quitter, même lorsque leurs maîtres, parents ou fonctionnaires du Pharaon, viennent à changer. De même les artisans sont attachés à leurs ateliers; ils sont la propriété de leurs maîtres, prêtres ou seigneurs.

Cependant, dès cette époque, sur certaines terres privilégiées, des chartes fixent et limitent les obligations des ouvriers et annoncent un commencement de liberté.

De l'an 2360 à 2160 environ, des bouleversements sérieux se produisent en Egypte. Les « pauvres » envahissent les tribunaux, les bâtiments des administrations et s'emparent des titres de propriété.

Mais le Pharaon rétablit son autorité et instaure un nouveau régime où les hommes relèvent à la fois plus directement de lui et jouissent cependant de plus de liberté.

Les paysans ne dépendent plus que du Pharaon. Ils acquittent des impôts et des corvées, mais ils possèdent leurs terres qu'ils peuvent léguer à leurs héritiers.

Les artisans des villes paraissent être libres : par leur travail et leur ingéniosité, ils sont capables d'améliorer leur sort.

Les Scribes, c'est-à-dire les gens instruits, forment une véritable caste de fonctionnaires qui s'enorgueillissent de leur autorité et de la sécurité attachée à leur fonction.

L'Egypte vit avant tout de son agriculture. Celle-ci est étroitement liée aux inondations régulières du Nil. On a pu dire que l'Egypte était un don du fleuve. Pour retourner le sol, on emploie la houe et la charrue; pour moissonner, on se sert de faucilles de bois munies de dents en silex très tranchantes.

On cultive le blé, l'orge, le millet, les melons; avec les graines du lin, du colza, les baies du ricin, on fabrique l'huile.

Les Egyptiens utilisent les animaux domestiques : le bœuf, l'âne, le mouton; les chevaux n'ont été importés qu'après l'an 2000 et les chameaux après l'an 500.

Les divers arts et métiers révèlent très tôt une technique avancée : elle se manifeste dans des constructions colossales qui nous étonnent encore (les Pyramides, le Sphinx). Ils fabriquent aussi des meubles solides et élégants, des vases aux formes harmonieuses, des verreries coloriées, des objets de cuir et de métal, des étoffes très fines, des bijoux, retrouvés surtout dans des tombeaux. Ainsi, dès les débuts de l'histoire, les hommes témoignent d'une grande habileté manuelle et nous admirons leurs authentiques chefs-d'œuvre.

EN CHALDEE ET EN ASSYRIE

Des Sémites, vivant à l'état nomade, sont attirés par la fertilité des plaines de la Mésopotamie, entre le Tigre et l'Euphrate. Ils y établissent, à partir d'environ 3.000 ans avant Jésus-Christ, des royaumes dont la vie est agitée : la Chaldée au sud et l'Assyrie au nord. Fondées par des populations de même origine, les civilisations de ces pays présentent de nombreux caractères communs.

En Chaldée et en Assyrie, le roi, grand-prêtre de tous les dieux, a pour tâche principale d'organiser et de surveiller la mise en valeur de la terre. Sa gloire, à Babylone, se mesure au nombre de canaux qu'il fait creuser et entretenir. Il règle la consommation et la vente des récoltes, il surveille les métiers et le commerce.

Les paysans sont plus libres que ceux d'Egypte; les artisans et les marchands aussi, mais ils paient de lourds impôts. La propriété est très divisée. Les travailleurs peuvent se faire concurrence. Le commerce est actif : des millions de briques gravées, qui tenaient alors lieu de papier, nous ont conservé les contrats conclus à cete époque.

Aux premiers temps, les ventes se paient en nature avec de l'orge ou du blé; plus tard, en or ou en argent — sous forme de lingots, car la monnaie n'est pas encore connue.

Les Assyriens sont de grands guerriers : particulièrement cruels pour les vaincus, ils ont détruit de nombreuses villes, déporté des populations entières. Ils vendaient les esclaves comme des marchandises, avec garantie contre la fuite, la réclamation d'un ancien propriétaire, le service du roi ou la revendication de la liberté.

Ninive et surtout Babylone renfermaient beaucoup de monuments construits par les captifs. Le roi Sargon avait fait édifier de cette façon un palais qui comptait plus de deux cents pièces. Mais la plupart de ces constructions, bâties en briques simplement séchées au soleil, quelquefois en briques crues encore assez humides pour qu'elles puissent se lier, n'ont pas résisté au temps et se sont écroulées en poussière.

Comme en Egypte, l'économie est surtout agricole et étroitement liée à l'utilisation de l'eau des fleuves. Aussi le débit des plus larges canaux et des plus minces rigoles est-il minutieusement réglé, comme aujourd'hui encore dans les huertas espagnoles et dans les oasis sahariennes. La loi prévoit en détail la responsabilité de tous les riverains des voies d'eau et des usagers des instruments d'irrigation.

Les Chaldéens et les Assyriens utilisent la charrue tirée par des bœufs et même des charrues à semoir. Comme les Egyptiens, ils cultivent les céréales et de nombreux légumes. Il semble que la pratique de l'assolement triennal ait été en usage en Mésopotamie.

Le locataire d'une terre est obligé de la cultiver sous peine de payer une indemnité au propriétaire. Certains fermiers reçoivent un salaire annuel fixe.

L'industrie est d'abord pratiquée dans la famille. Elle consiste dans la fabrication des étoffes, du mobilier, des instruments de cuisine et de travail.

A l'époque « néo-babylonienne », six cents ans avant Jésus-Christ, on voit apparaître des ateliers où le travail est exécuté surtout par des esclaves. Le commerce le plus important est celui de l'orge. On importe en Phénicie des objets précieux.

Le transport des matières échangées se fait en général par les fleuves et les canaux. Les marchands ont des employés qui tiennent une comptabilité rigoureuse. Les contestations ne peuvent se régler sans preuves écrites. De bonne heure, les commerçants ont formé entre eux des sociétés.

EN PHENICIE

Les Phéniciens occupent, sur le littoral de la Méditerranée, les pays appelés aujourd'hui Syrie et Liban.

Ils sont avant tout des marins, des pêcheurs et des marchands. Ils deviennent par la suite des industriels.

Leur rôle est considérable grâce à leur activité commerciale dès le troisième millénaire avant Jésus-Christ, d'abord à Byblos, puis à Sidon et ensuite à Tyr jusqu'a 612. Tyr est une grande ville bâtie sur un îlot rocheux très étroit; aussi ses maisons s'élèvent-elles à cinq et six étages. L'eau douce manquant dans l'île, des conduites sous-marines l'amènent du continent dans des citernes.

La Phénicie occupe une place privilégiée qui explique son activité : à ses ports aboutissent les grandes routes commerciales de l'époque, voies de caravanes venant de l'Asie, routes de terre et de mer venant de l'Afrique, surtout de la riche Egypte.

Les marins phéniciens construisent de gros vaisseaux, dits « ronds », très élevés à l'avant et à l'arrière. Ils naviguent le long des côtes, pratiquant le cabotage. Mais ils vont parfois très loin pour l'épique (ils atteignirent les « Iles de l'Etain », sur la côte sud de l'Angleterre, et la Cornouailles; ils firent aussi le tour complet de l'Afrique pour le compte d'un Pharaon du VIIe siècle). Ils gardent secrets leurs itinéraires, afin d'écarter leurs concurrents; d'où la lenteur des progrès du commerce. Ils sont à la fois marchands et pirates; en particulier, ils enlèvent des étrangers qu'ils revendent comme esclaves.

Ils fondent sur les côtes de la Méditerranée et même de l'Atlantique de nombreux comptoirs, tels que Marseille. Ils ne s'établissent définitivement qu'à Carthage, en Tunisie.

Afin d'alimenter leur commerce, ils développent leurs industries, ce qui leur est facile, car ils disposent d'une nombreuse main-d'œuvre servile. Ils créent de petites entreprises familiales et de véritables usines employant de nombreux ouvriers.

Leurs industries sont très variées. Ils ont de riches teintureries; ils ont inventé la pourpre (pour l'obtenir ils appliquaient une sécrétion du murex sur une étoffe blanche exposée au soleil, puis plongée dans des bains variés).

Ils sèchent du poisson pour le vendre au loin (c'étaient les conserves de l'époque).

Ils fabriquent des verres de couleurs différentes, qui se vendaient très bien chez les « Barbares ».

Enfin ils travaillent l'or, l'argent, l'étain et l'ivoire.

Les Phéniciens ont aménagé l'alphabet (le mot alphabet est formé des noms des deux premières lettres, identiques chez les Phéniciens et les Grecs) et, par là, malgré leur manque d'aptitude à la littérature et aux arts, ont rendu un incomparable service à la civilisation.

LAS AVENTURAS DE NONO
EN EL PAIS DE AUTONOMIA

(Continuación.)

Cuando todo ello estuvo más cerca, Nono debió reconocer que una vez más había sido víctima de su imaginación, puesto que lo que tenía delante era un grupo de vulgares cárabos dorados.

Más aún; como avanzaba caminando sobre sus patas, sólo percibía su vientre negro y feo. ¡Adiós brillantes guerreros, ricos corazas y escudos chispeantes! Tiesos sobre sus patas, se agrandaban hasta alcanzar el tamaño de un muñeco de cinco céntimos, pero, ¡oh cruel decepción! pareciále a Nono tener ante sí una tropa de sacristanes liliputienses.

Una docena de ellos marchaban dos a dos llevando al hombro una brizna de los espinos, formando una especie de parihuela, sobre la que reposaba ancha hoja de paulownia japonesa, fruncidos sus bordes con espinas para darle graciosa forma de canastillo: de esos canastillo oh, unos contenían suculentas y perfumadas fresas de los bosques, otros, frambuesas que despedían perfumes más ácidos.

Detrás de cada parihuela marchaba un grupo de cárabos, de donde se destacaban los que relevaban a los portadores fatigados.

El todo se dirigía procesionalmente hacia Nono, sentado sobre el tronco de árbol en que su silla se había transformado cuando desapareció la mesa.

Cuando el cortejo llegó a ponerse delante de él, los cárabos formaron semicírculo, destacándose en primer término los portadores de parihuelas.

Uno de ellos salió del grupo y saltó sobre la rodilla de Nono: saludó levantándose sobre sus dos patas deanteras, la parte posterior de su cuerpo al aire, y con sus patas traseras frotó vigorosamente sus élitros produciendo un sonido poco harmonioso pero muy del gusto de Nono, que creyó que le decía:

—Intrépido niño, yo soy el que me has socorrido cuando me hallaba en inminente peligro de muerte. Sin darte cuenta de ello has puesto en práctica la gran ley de la solidaridad universal que quiere que todos los seres se ayuden mutuamente. No podemos nosotros ofrecerte un manjar exquisito fruto de nuestro trabajo; pero he aquí frutas y frambuesas cogidas para ti. Espero que te agradarán y completarán la campestre comida ofrecida por nuestras hermanas.

Y a una señal, los portadores depositaron sus canastillas a los pies de su destinatario.

Pero antes de pasar adelante, observo una sonrisa de incredulidad que se desliza sobre los labios de mis jóvenes lectores; les oigo murmurar acerca de la extraña postura que mi orador ha tomado para pronunciar su discurso. Es cierto que vuestro maestro de escuela no explica su lección andando sobre las manos, ni el señor inspector pronunciaba su discurso en el solemne acto de la distribución de premios poniéndose patas arriba; pero, amiguitos, la madre abeja nos lo enseñado: no debe nunca juzgarse de las cosas tomándose como modelo tipo, ni creer que lo que hacemos debe servir de regla al universo, y si muchos de nuestros oradores políticos o de otra clase, se viesen obligados a hacer sus discursos en tal postura, eso les haría descender algunas ideas a la cabeza, cuya pesadez impide sin duda subir cuando se hallan en pie, y por lo mismo resultan sus arengas huecas y vacías.

A la vista de tan apetitosos frutos, Nono sintió que la boca se le hacía agua; pero empezaba a formarse y comprendió que antes de hartarse como un glotón debía mostrar su gratitud a aquellos generosos cárabos.

—Señor cárabo—dijo—vos y vuestros compañeros sois muy amables y estoy contentísimo con vuestro regalo; con mucho gusto comeré esas fresas que me parecen excelentes, pero en verdad, no merezco tanto; exagerás el servicio que os he prestado. Estábais metido en un enredo de ramas de donde no podíais salir y de donde os he sacado sin la menor molestia por mi parte. Ya veis que la acción poco tiene de meritoria, y me confunde obtener vuestras alabanzas a tan poca costa.

—¡Oh!—dijo el cárabo—. Si se mide el servicio por la pena que cuesta, el tuyo es de mínima importancia; pero como te debo la vida, merece gran consideración para mí. Un servicio no debe medirse así: lo que se aprecia es la manera de prestarlo, la espontaneidad y la buena gracia que le acompañan. Toma esos frutos con la misma buena voluntad con que te los ofrecemos, y con ello quedamos complacidos.

El cárabo agitó sus antenas a guisa de saludo y se preparó a descender de la tribuna que había escogido.

—En este caso, gracias,—dijo Nono; ya lo veís, con vuestro permiso.

El cárabo descendió de la rodilla; Nono tomó uno de los canastillos y lo despachó en un santiamén, y pasó al segundo.

Los cárabos, viéndole tan atareado, tomaron su forma de insectos y volaron al bosque.

Nono, viéndolos volar, sintió pena pensando en que quedaba sólo; violos perderse en el follaje y le pareció cosbre un tronco caído interrogando ammo si antiguos amigos le abandonasen.

IV

EN EL PAIS DE AUTONOMIA

El sol continuaba en su carrera. Para no dejarse sorprender por la noche, era necesario que nuestro pobre extraviado no se dejase abatir por la pena, siéndole preciso, al contrario, desarrollar toda su energía y ponerse en marcha.

Sacudió, pues, su cabeza en señal de resignación como para desechar ideas importunas, y se puso en pie para emprender su marcha, después de haber atado en su pañuelo dos canastillos de frutas que le quedaban y haberlo atado a su puño.

Pero sin que el menor rumor hubiese revelado su venida y su presencia, se halló delante de una alta y hermosa mujer, de rostro y mirada tan dulces como el de la madre de las abejas, pero bajo cuya amable sonrisa se descubría una voluntad fuerte, una energía poderosa.

—Eres valiente, hijo mío; así me gustan los niños; pero no quiero dejarte más tiempo en la inquietud que sientes. Yo soy quien, habiéndote observado con detenimiento y sabiendo que deseabas tener un libro de cuentos, he querido darte el placer de que le veas tú mismo.

Para ello he comenzado por sustraerte de casa de tus padres, sin que te apercibieses: no pases cuidado por ellos; saben donde te he conducido y estarán al corriente de cuanto hagas y veas. Respecto de lo que te suceda, como verás, dependerá de ti : te pondré en lucha cons las circunstancias, y, según obres, las consecuencias serán buena o malas. En definitiva tú harás tus aventuras y las adornarás con tu comportamiento.

—Señora hada, prometo ser bueno—dijo Nono, intimidado por el largo discurso, del que no retenía más que esto: es preciso ser bueno y obediente.

—¡Bueno, obediente! eso es, en efecto, lo que se pide a los habitantes del mundo de donde vienes. Aquí lo que te se pediría en primer término es que seas tú mismo; luego que seas franco, leal, que digas lo que pienses, que obres en conformidad con tu pensamiento, que no hagas a tus compañeros lo que no querrías que hiciesen contigo; que seas respecto de ellos lo que desearías que fuesen hacia ti; lo demás marchará por sí solo.

(Continuará.)

LA MULA DE ALQUILER

HARTA de paja y cebada
Una mula de alquiler
Salía de la posada.
Y tanto empezó a correr,
Que apenas el caminante
La podía detener.
No dudó que en un instante
Su media jornada haría;
Pero algo más adelante
La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.
¿Si lo hará de picardía?...
¡Arre!... ¿Te paras?... Acaso
Metiendo la espuela... Nada.
Mucho me temo un fracaso...
Esta vara que es delgada...
Menos... Pues este aguijón...
Mas ¿si estará ya cansada?
Coces tira... y mordiscón:
Se vuelve contra el jinete...
¡Oh que corcovo, qué envión!
Aunque las piernas apriete...
Ni por esas... ¡Voto a quién!
Barrabás que la suje...
Por fin dió en tierra... ¡Muy bien!
¿Y eras tú la que corrías?...
¡Mal muermo te mate, amén!
No me fiaré en mis días
De Mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.
Al punto digo: ¡Cuidado!
Tente, hombre; que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la mula de alquiler.

IRIARTE.

LA CABRA Y EL ROCIN

ESTABASE una cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violín el eco blando.
Los pies, se la bailaban de contenta
Y a cierto jaco, que también suspenso
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra
¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una cabra.
Que fué en un tiempo compañera mía.
Confío (¡dicha grande!) que algún día
No menos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.
Volvióse el buen Rocín, y respondióla:
A fe que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero al fin tengo el gusto
De ver qué lucimiento
Debe a mi auxilio el músico instrumento.
Tú, que satisfacción igual esperas,
¿Cuándo la gozarás? Después que mueras.
Así, ni más ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver su obra aplaudida
Algún mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consuela.

IRIARTE.

Biblioteca de Comunicació i Hemeroteca General
CEDOC